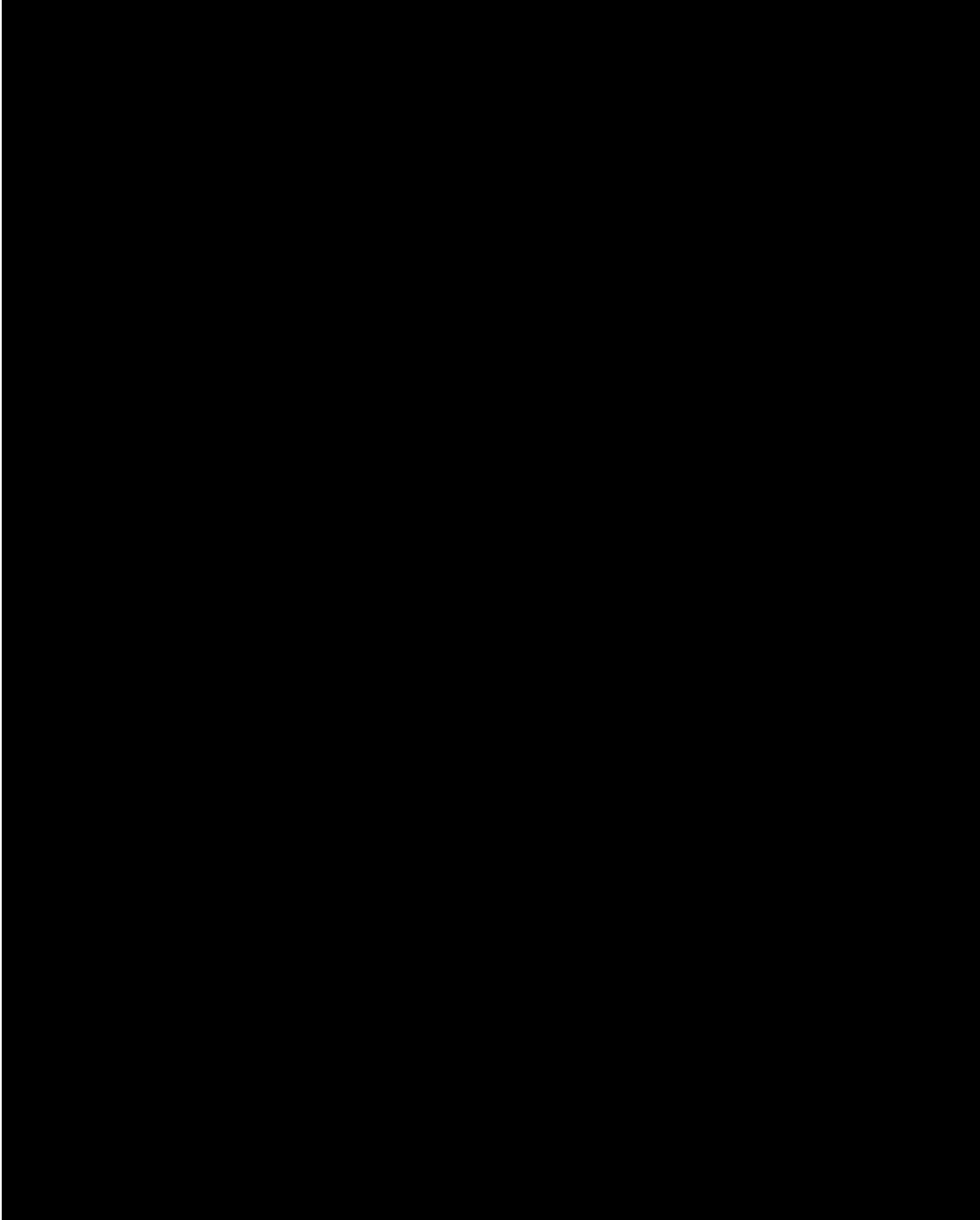




Antón Chéjov

Tío Vania

E LEJANDRIA



TÍO VANIA

ANTÓN CHÉJOV

1898

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

PERSONAJES

ALEXANDER SEREBRAKOFF, profesor jubilado

HELENA, su esposa, de veintisiete años

SONIA, su hija de un matrimonio anterior

MME. VOITSKAYA, viuda de un consejero privado y madre de la primera esposa de Serebrakoff

IVAN (VANYA) VOITSKI, su hijo

MICHAEL ASTROFF, médico

ILIA (WAFFLES) TELEGIN, una terrateniente empobrecida

MARINA, una vieja enfermera

UN OBRERO

La escena se sitúa en la casa de campo de SEREBRAKOFF

CONTENIDOS:

[Acto I](#)

[Acto II](#)

[Acto III](#)

[Acto IV](#)

1. [Acto I](#)
2. [Acto II](#)
3. [Acto III](#)
4. [Acto IV](#)

HITOS

1. [Portada](#)

ACTO I

Una casa de campo en una terraza. Frente a ella un jardín. En una avenida de árboles, bajo un viejo álamo, se encuentra una mesa puesta para el té, con un samovar, etc. Cerca de la mesa hay algunos bancos y sillas. En uno de ellos hay una guitarra. Una hamaca se balancea cerca de la mesa. Son las tres de la tarde de un día nublado.

MARINA, una tranquila anciana de pelo gris, está sentada a la mesa tejiendo una media.

ASTROFF se pasea arriba y abajo cerca de ella.

MARINA. [Sirviendo un poco de té en un vaso] Toma un poco de té, hijo mío.

ASTROFF. [Toma el vaso de ella de mala gana] De alguna manera, parece que no quiero nada.

MARINA. Entonces, ¿quieres un poco de vodka?

ASTROFF. No, no bebo vodka todos los días, y además, ahora hace demasiado calor. [Dígame, enfermera, ¿desde cuándo nos conocemos?

MARINA. [A ver, ¿cuánto hace? Señor, ayúdame a recordar. La primera vez que viniste aquí, a nuestras tierras, déjame pensar, ¿cuándo fue? La madre de Sonia aún vivía; fueron dos inviernos antes de que muriera; eso fue hace once años; [pensativo] quizás más.

ASTROFF. ¿He cambiado mucho desde entonces?

MARINA. Oh, sí. Entonces eras guapo y joven, y ahora eres un anciano y ya no eres guapo. También bebes.

ASTROFF. Sí, diez años me han convertido en otro hombre. ¿Y por qué? Porque estoy sobrecargado de trabajo. Enfermera, estoy de pie desde el amanecer hasta el anochecer. No conozco el descanso; por la noche tiemblo bajo las mantas por miedo a que me arrastren a visitar a algún enfermo; he trabajado sin descanso ni un día de libertad desde que te conozco; ¿podría evitar envejecer? Y además, la existencia es tediosa, de todos modos; es un negocio insensato y sucio, esta vida, y va pesada. Todo el mundo por aquí es tonto, y después de vivir con ellos durante dos o tres años uno mismo se vuelve tonto. Es inevitable. [Mira qué bigote tan largo me he dejado. Un tonto y largo bigote. Sí, soy tan tonto como los demás, enfermera, pero no tan estúpido; no, no me he vuelto estúpido. Gracias a Dios, mi cerebro aún no está embotado, aunque mis sentimientos se han adormecido. No pido nada, no necesito nada, no quiero a nadie, a no ser que seas tú misma. [Le besa la cabeza] Yo tuve una enfermera como tú cuando era niño.

MARINA. ¿No quieres un bocado de algo para comer?

ASTROFF. No. Durante la tercera semana de Cuaresma fui a la epidemia de Malitskoi. Era tifoidea eruptiva. Los campesinos estaban todos tumbados uno al lado del otro en sus chozas, y los terneros y los cerdos corrían por el suelo entre los enfermos. ¡Qué suciedad había, y qué humo! Es insoportable. Trabajé como un esclavo entre aquella gente durante todo el día, sin que pasara ni una migaja por mis labios, pero cuando llegué a casa todavía no había descanso para mí; trajeron a un guardagujas del ferrocarril; lo puse en la mesa de operaciones y fue a morir en mis brazos bajo el cloroformo, y entonces mis sentimientos, que debían estar muertos, se despertaron de nuevo, mi conciencia me torturó como si hubiera matado al hombre. Me senté y cerré los ojos, así, y pensé: ¿se acordarán de darnos una palabra amable nuestros descendientes dentro de doscientos años, por los que estamos rompiendo el camino? No, enfermera, lo olvidarán.

MARINA. El hombre es olvidadizo, pero Dios se acuerda.

ASTROFF. Gracias por eso. Has dicho la verdad.

Entra VOITSKI desde la casa. Ha estado durmiendo después de la cena y tiene un aspecto bastante desaliñado. Se sienta en el banco y se endereza el cuello de la camisa.

VOITSKI. Hola. Sí. [Una pausa] Sí.

ASTROFF. ¿Has estado durmiendo?

VOITSKI. Sí, mucho. [Bosteza] Desde que han venido el profesor y su mujer, nuestra vida cotidiana parece haberse desviado del camino. Duermo a destiempo, bebo vino y como toda clase de desaguisados para el almuerzo

y la cena. No es sano. Sonia y yo solíamos trabajar juntos y nunca teníamos un momento de ocio, pero ahora Sonia trabaja sola y yo sólo como, bebo y duermo. Algo va mal.

MARINA. [Sacudiendo la cabeza] ¡Qué confusión en la casa! El profesor se levanta a las doce, el samovar se mantiene hirviendo toda la mañana, y todo tiene que esperar por él. Antes de que llegaran, cenábamos a la una, como todo el mundo, pero ahora lo hacemos a las siete. El profesor se pasa toda la noche escribiendo y leyendo, y de repente, a las dos, ¡suena la campana! Cielos, ¿qué es eso? El profesor quiere té. ¡Despierta a los sirvientes, enciende el samovar! Señor, ¡qué desorden!

ASTROFF. ¿Estarán aquí mucho tiempo?

VOITSKI. ¡Cien años! El profesor ha decidido hacer su hogar aquí.

MARINA. ¡Miren esto ahora! El samovar lleva dos horas sobre la mesa, ¡y todos están de paseo!

VOITSKI. Está bien, no te alteres; ahí vienen.

Se oyen voces acercándose. SEREBRAKOFF, HELENA, SONIA y TELEGIN llegan desde el fondo del jardín, regresando de su paseo.

SEREBRAKOFF. ¡Estupendo! ¡Magnífico! ¡Qué vistas más bonitas!

TELEGIN. Son maravillosas, su Excelencia.

SONIA. Mañana iremos al bosque, ¿verdad, papá?

VOITSKI. Señoras y señores, el té está listo.

SEREBRAKOFF. ¿Sería tan amable de enviar mi té a la biblioteca? Todavía tengo que terminar un trabajo.

SONIA. Estoy segura de que te encantará el bosque.

HELENA, SEREBRAKOFF y SONIA entran en la casa. TELEGIN se sienta en la mesa junto a MARINA.

VOITSKI. Ahí va nuestro erudito en un día tan caluroso y bochornoso como éste, con su abrigo y sus chanclos y llevando un paraguas.

ASTROFF. Está tratando de cuidar su salud.

VOITSKI. ¡Qué hermosa es! ¡Qué hermosa! Nunca en mi vida he visto una mujer más hermosa.

TELEGIN. Sabes, Marina, que cuando paseo por el campo o por el jardín sombreado, cuando miro esta mesa de aquí, mi corazón se hincha de una felicidad sin límites. El tiempo es encantador, los pájaros cantan, todos vivimos en paz y contentos, ¿qué más puede desear el alma? [Toma un vaso de té].

VOITSKI. [Soñando] ¡Qué ojos! ¡Una mujer gloriosa!

ASTROFF. Vamos, Iván, dinos algo.

VOITSKI. [Indolente] ¿Qué os voy a decir?

ASTROFF. ¿No tienes ninguna noticia para nosotros?

VOITSKI. No, todo es rancio. Estoy igual que siempre, o tal vez peor, porque me he vuelto perezoso. Ahora no hago más que graznar como un viejo cuervo. Mi madre, la vieja urraca, sigue parloteando sobre la emancipación de la mujer, con un ojo puesto en su tumba y el otro en sus libros eruditos, en los que siempre busca el amanecer de una nueva vida.

ASTROFF. ¿Y el profesor?

VOITSKI. El profesor se sienta en su biblioteca desde la mañana hasta la noche, como siempre.

"Esforzando la mente, arrugando la frente,

Escribimos, escribimos, escribimos,

Sin descanso

O esperanza de alabanza en el futuro o ahora".

¡Pobre papel! Debería escribir su autobiografía; ¡sería un tema realmente espléndido para un libro! Imagínate, la vida de un profesor jubilado, tan rancio como un trozo de pan duro, torturado por la gota, los dolores de ca-

beza y el reumatismo, con el hígado reventado por los celos y la envidia, viviendo en la finca de su primera esposa, aunque la odia, porque no puede permitirse vivir en la ciudad. No deja de quejarse de su dura suerte, aunque, en realidad, es extraordinariamente afortunado. Es hijo de un vulgar diácono y ha alcanzado la cátedra, se ha convertido en yerno de un senador, le llaman "Su Excelencia", etc. Pero te diré algo: el hombre lleva veinticinco años escribiendo sobre arte y no sabe lo más mínimo sobre él. Durante veinticinco años ha estado masticando los pensamientos de otros hombres sobre el realismo, el naturalismo y todas esas tonterías; durante veinticinco años ha estado leyendo y escribiendo cosas que los hombres inteligentes conocen desde hace mucho tiempo y que a los estúpidos no les interesan; durante veinticinco años ha estado haciendo sus montañas imaginarias a partir de toperas. Y piense en el engreimiento y la presunción de este hombre durante todo este tiempo. ¡Durante veinticinco años se ha disfrazado con ropas falsas y ahora se ha retirado absolutamente desconocido para cualquier alma viviente; y sin embargo, ¡véanlo! acechando por la tierra como un semidiós!

ASTROFF. Creo que le envidias.

VOITSKI. Sí, le envidio. ¡Mira el éxito que ha tenido con las mujeres! El propio don Juan no fue más favorecido. Su primera esposa, que era mi hermana, era un ser bello y gentil, tan puro como el cielo azul de allá arriba, noble, de gran corazón, con más admiradores que él tiene alumnos, y lo amaba como sólo los seres de pureza angélica pueden amar a quienes son tan puros y bellos como ellos mismos. Su suegra, mi madre, lo adora hasta el día de hoy, y todavía le inspira una especie de temor reverencial. Su segunda esposa es, como ves, una belleza brillante; se casó con él en su vejez y le ha entregado toda la gloria de su belleza y libertad. ¿Por qué? ¿Para qué?

ASTROFF. ¿Le es fiel?

VOITSKI. Sí, desgraciadamente lo es.

ASTROFF. ¿Por qué por desgracia?

VOITSKI. Porque esa fidelidad es falsa y antinatural, de raíz. Suena bien, pero no tiene ninguna lógica. Se considera inmoral que una mujer engañe a un viejo marido al que odia, pero muy moral que estrangule en su seno a su pobre juventud y destierre de su corazón todo deseo vital.

TELEGIN. [Con voz llorosa] Vania, no me gusta oírte hablar así. Escucha, Vania; todo aquel que traiciona al marido o a la mujer es un infiel, y también podría traicionar a su país.

VOITSKI. [Con tono cruzado] Cierra el grifo, Waffles.

TELEGIN. No, permíteme, Vania. Mi esposa huyó con un amante al día siguiente de nuestra boda, porque mi exterior era poco atractivo. Desde entonces nunca he faltado a mi deber. La amo y le soy fiel hasta el día de hoy. La ayudo todo lo que puedo y he dado mi fortuna para educar a la hija de ella y de su amante. He perdido mi felicidad, pero he conservado mi orgullo. ¿Y ella? Su juventud ha desaparecido, su belleza se ha desvanecido según las leyes de la naturaleza, y su amante ha muerto. ¿Qué ha conservado ella?

HELENA y SONIA entran; tras ellas llega MME. VOITSKAYA con un libro. Se sienta y empieza a leer. Alguien le da un vaso de té que ella bebe sin levantar la vista.

SONIA. [Apresuradamente, a la enfermera] Hay unos campesinos esperando ahí fuera. Ve a ver qué quieren. Yo serviré el té. [Sirve algunos vasos

de té].

MARINA sale. HELENA toma un vaso y se sienta a beber en la hamaca.

ASTROFF. He venido a ver a su marido. Me escribiste que tenía reumatismo y no sé qué más, y que estaba muy enfermo, pero parece estar tan animado como un grillo.

HELENA. Ayer por la tarde le dio un ataque de malestar y se quejó de dolores en las piernas, pero hoy parece estar bien.

ASTROFF. Y yo he venido galopando veinte millas a una velocidad de vértigo. Pero no importa, no es la primera vez. Una vez aquí, sin embargo, voy a quedarme hasta mañana, y en todo caso dormiré quantum satis.

SONIA. Oh, ¡espléndido! Rara vez pasas la noche con nosotros. ¿Has cenado ya?

ASTROFF. No.

SONIA. Bien. Entonces la tendrás con nosotros. Ahora cenamos a las siete. [Bebe su té] ¡Este té está frío!

TELEGIN. Sí, el samovar se ha enfriado.

HELENA. No se preocupe, Monsieur Ivan, entonces beberemos té frío.

TELEGIN. Disculpe, no me llamo Iván, sino Ilia, señora, Ilia Telegin, o Waffles, como me llaman a veces por mi cara picada. Soy el padrino de Sonia, y su Excelencia, su marido, me conoce muy bien. Ahora vivo con usted, señora, en esta finca, y tal vez tenga la bondad de notar que ceno con usted todos los días.

SONIA. Es nuestra gran ayuda, nuestra mano derecha. [Con ternura] Querido padrino, déjeme servirle un poco de té.

MME. VOITSKAYA. ¡Oh! ¡Oh!

SONIA. ¿Qué pasa, abuela?

MME. VOITSKAYA. Me olvidé de decirle a Alexander -he perdido la memoria- que hoy recibí una carta de Paul Alexevitch en Kharkoff. Me ha enviado un nuevo folleto.

ASTROFF. ¿Es interesante?

MME. VOITSKAYA. Sí, pero extraño. Refuta las mismas teorías que defendía hace siete años. Es espantoso.

VOITSKI. No hay nada espantoso en ello. Bébetelo, mamá.

MME. VOITSKAYA. Parece que nunca quieres escuchar lo que tengo que decir. Perdóname, Jean, pero has cambiado tanto en el último año que apenas te conozco. Antes eras un hombre de convicciones firmes y tenías una personalidad esclarecedora...

VOITSKI. Ah, sí. Tenía una personalidad iluminadora, que no iluminaba a nadie. [¡Tenía una personalidad iluminadora! No se puede decir nada más mordaz. Tengo cuarenta y siete años. Hasta el año pasado me esforzaba, como tú lo haces ahora, por cegar mis ojos con tu pedantería a las verdades de la vida. Pero ahora... ¡Oh, si supieras! Si supieras cómo me desvelo por las noches, con el corazón encogido y enfadado, al pensar en lo estúpida-mente que he desperdiciado mi tiempo cuando podría haber estado ganando de la vida todo lo que mi vejez ahora me prohíbe.

SONIA. Tío Vania, ¡qué tristeza!

MME. VOITSKAYA. [Hablas como si tus antiguas convicciones tuvieran alguna culpa, pero la culpa la tienes tú, no ellas. Has olvidado que una condena, en sí misma, no es más que letra muerta. Deberías haber hecho algo.

VOITSKI. ¡Hacer algo! No todos los hombres son capaces de ser un escritor perpetuum mobile como su Herr Professor.

MME. VOITSKAYA. ¿Qué quieres decir con eso?

SONIA. [Implorando] ¡Madre! ¡Tío Vania! ¡Te lo ruego!

VOITSKI. Me callo. Me disculpo y guardo silencio. [Una pausa.]

HELENA. ¡Qué buen día! No hace demasiado calor. [Una pausa.]

VOITSKI. Un buen día para colgarse.

TELEGIN afina la guitarra. MARINA aparece cerca de la casa, llamando a las gallinas.

MARINA. ¡Gallina, gallina, gallina!

SONIA. ¿Qué querían los campesinos, enfermera?

MARINA. Lo mismo de siempre, las mismas tonterías de siempre. ¡Pollo, pollito, pollito!

SONIA. ¿Por qué llamas a las gallinas?

MARINA. La gallina moteada ha desaparecido con sus polluelos. Me temo que los cuervos la han atrapado.

TELEGIN toca una polca. Todos escuchan en silencio. Entra el obrero.

OBRERO. ¿Está el doctor aquí? [A ASTROFF] Disculpe, señor, pero me han mandado a buscarlo.

ASTROFF. ¿De dónde es usted?

OBRERO. De la fábrica.

ASTROFF. [Gracias. No hay nada que hacer, entonces, más que irse. [Buscando su gorra a su alrededor] ¡Maldita sea, esto es molesto!

SONIA. Sí, es una pena, de verdad. Tienes que volver a cenar desde la fábrica.

ASTROFF. No, no podré hacerlo. Será demasiado tarde. Ahora dónde, dónde... [Al OBRERO] Mire, mi hombre, tráigame un vaso de vodka, ¿quiere? [Uno de los personajes de las obras de Ostroff es un hombre con bigote largo e ingenio corto, como yo. Sin embargo, permítanme despedirme de ustedes, damas y caballeros. [Me encantaría que viniera a verme algún día con la señorita Sonia. Mi finca es pequeña, pero si le interesan esas cosas, me gustaría mostrarle un vivero y un semillero que no encontrará en mil millas a la redonda. Mi casa está rodeada de bosques gubernamentales. El guarda forestal es viejo y siempre está enfermo, así que yo mismo superviso casi todo el trabajo.

HELENA. Siempre he oído que le gustaban mucho los bosques. Por supuesto que uno puede hacer mucho bien ayudando a conservarlos, pero ¿no interfiere ese trabajo con su verdadera vocación?

ASTROFF. Sólo Dios sabe cuál es la verdadera vocación de un hombre.

HELENA. ¿Y te parece interesante?

ASTROFF. Sí, mucho.

VOITSKI. [Sarcástico] ¡Oh, extremadamente!

HELENA. Todavía eres joven, no más de treinta y seis o siete años, diría yo, y sospecho que los bosques no te interesan tanto como dices. Creo que los encontrarías monótonos.

SONIA. No, el trabajo es apasionante. El doctor Astroff vigila los viejos bosques y hace nuevas plantaciones todos los años, y ya ha recibido un diploma y una medalla de bronce. Si escuchas lo que te cuenta, estarás totalmente de acuerdo con él. Dice que los bosques son los ornamentos de la tierra, que enseñan a la humanidad a comprender la belleza y a sintonizar su mente con sentimientos elevados. Los bosques atemperan un clima severo, y en los países donde el clima es más suave, se desperdicia menos fuerza en la batalla con la naturaleza, y la gente es amable y gentil. Los habitantes de estos países son guapos, dóciles, sensibles, elegantes en el habla y en los gestos. Su filosofía es alegre, el arte y la ciencia florecen entre ellos, su trato con las mujeres está lleno de exquisita nobleza...

VOITSKI. ¡Bravo! ¡Bravo! Todo eso es muy bonito, pero también es poco convincente. Así que, amigo mío [A ASTROFF] debes dejarme seguir quemando leña en mis estufas y construyendo mis cobertizos de tablas.

ASTROFF. Puedes quemar turba en tus estufas y construir tus cobertizos de piedra. Oh, no me opongo, por supuesto, a cortar leña por necesidad, pero ¿por qué destruir los bosques? Los bosques de Rusia están temblando bajo los golpes del hacha. Millones de árboles han perecido. Los hogares de los animales y pájaros salvajes han sido desolados; los ríos se están reduciendo, y muchos bellos paisajes han desaparecido para siempre. ¿Y por qué? Porque los hombres son demasiado perezosos y estúpidos para agacharse y recoger el combustible del suelo. [¿No tengo razón, señora? ¿Quién sino un estúpido bárbaro podría quemar tanta belleza en su estufa y destruir lo que no puede hacer? El hombre está dotado de la razón y del poder de crear, para aumentar lo que se le ha dado, pero hasta ahora no ha creado, sino que ha demolido. Los bosques desaparecen, los ríos se secan, la caza se extermina, el clima se estropea y la tierra se empobrece y se vuelve más fea cada día. [A VOITSKI] Leo ironía en tu mirada; no te tomas en

serio lo que digo, y, al fin y al cabo, es muy posible que sean tonterías. Pero cuando paso por bosques campesinos que he preservado del hacha, o escucho el susurro de las jóvenes plantaciones establecidas con mis propias manos, siento como si hubiera tenido una pequeña participación en la mejora del clima, y que si la humanidad es feliz dentro de mil años habré sido un poco responsable de su felicidad. Cuando planto un pequeño abedul y lo veo brotar en un verde joven y balancearse con el viento, mi corazón se hincha de orgullo y yo... [ve al OBRERO, que le trae un vaso de vodka en una bandeja] sin embargo... [bebe] debo irme. Probablemente todo es una tontería, de todos modos. Adiós.

Se va hacia la casa. SONIA le coge del brazo y le acompaña.

SONIA. ¿Cuándo vas a volver a vernos?

ASTROFF. No puedo decirlo.

SONIA. ¿Dentro de un mes?

ASTROFF y SONIA entran en la casa. HELENA y VOITSKI se dirigen a la terraza.

HELENA. Te has vuelto a comportar de forma escandalosa. Iván, ¿qué sentido tenía burlarse de tu madre y hablar de perpetuum mobile? Y en el desayuno has vuelto a discutir con Alexander. Realmente, tu comportamiento es demasiado mezquino.

VOITSKI. ¿Pero si le odio?

HELENA. Odias a Alejandro sin razón; él es como todo el mundo, y no es peor que tú.

VOITSKI. ¡Si pudieras ver tu cara, tus gestos! Oh, qué tediosa debe ser tu vida.

HELENA. Es tediosa, sí, y lúgubre. Todos abusáis de mi marido y me miráis con compasión; pensáis: "Pobre mujer, está casada con un viejo". ¡Qué bien comprendo vuestra compasión! Como acaba de decir Astroff, ved cómo destruís irreflexivamente los bosques, de modo que pronto no quedará ninguno. Así también destruís la humanidad, y pronto la fidelidad, la pureza y la abnegación habrán desaparecido con los bosques. ¿Por qué no puedes mirar tranquilamente a una mujer si no es tuya? Porque, el doctor tenía razón, todos estáis poseídos por un demonio de destrucción; no tenéis piedad de los bosques ni de los pájaros ni de las mujeres ni de los demás.

VOITSKI. No me gusta tu filosofía.

HELENA. Ese doctor tiene un rostro sensible y cansado, un rostro interesante. Evidentemente, a Sonia le gusta, y está enamorada de él, y puedo entenderlo. Es la tercera vez que viene desde que llegué, y todavía no he tenido una verdadera charla con él ni le he hecho mucho caso. Cree que soy desagradable. ¿Sabes, Iván, la razón por la que tú y yo somos tan amigos? Creo que es porque ambos estamos solos y somos desafortunados. Sí, desafortunados. No me mires así, no me gusta.

VOITSKI. ¿Cómo puedo mirarte de otra manera cuando te amo? Eres mi alegría, mi vida y mi juventud. Sé que mis posibilidades de ser amado a cambio son infinitamente pequeñas, no existen, pero no te pido nada. Sólo deja que te mire, que escuche tu voz...

HELENA. Calla, que alguien te va a oír.

[Van hacia la casa].

VOITSKI. [Siguiéndola] ¡Deja que te hable de mi amor, no me alejes, y sólo esto será mi mayor felicidad!

HELENA. ¡Ah! ¡Esto es una agonía!

TELEGIN golpea las cuerdas de su guitarra y toca una polca. MME.
VOITSKAYA escribe algo en las hojas de su panfleto.

Cae el telón.

ACTO II

El comedor de la casa de SEREBRAKOFF. Es de noche. En el jardín se oye el repiqueteo del sonajero del VIGILANTE. SEREBRAKOFF dormita en un sillón junto a una ventana abierta y HELENA está sentada a su lado, también medio dormida.

SEREBRAKOFF. [¿Quién está aquí? ¿Eres tú, Sonia?

HELENA. Soy yo.

SEREBRAKOFF. Oh, eres tú, Nelly. Este dolor es intolerable.

HELENA. Se te ha caído el chal. [Le envuelve las piernas con el chal] Déjame cerrar la ventana.

SEREBRAKOFF. No, déjala abierta; me estoy asfixiando. Acabo de soñar que mi pierna izquierda era de otra persona, y me dolía tanto que me he despertado. No creo que sea gota, es más bien reumatismo. ¿Qué hora es?

HELENA. Las doce y media. [Una pausa.]

SEREBRAKOFF. Quiero que mañana busques las obras de Batushka en la biblioteca. Creo que lo tenemos.

HELENA. ¿Qué es eso?

SEREBRAKOFF. Busca a Batushka mañana por la mañana; antes lo teníamos, me acuerdo. ¿Por qué me cuesta tanto respirar?

HELENA. Estás cansado; es la segunda noche que no duermes.

SEREBRAKOFF. Dicen que Turgenieff tuvo anginas de pecho por la gota. Me temo que yo también tengo anginas. ¡Oh, maldita sea esta horrible y maldita vejez! Desde que soy viejo me odio a mí mismo, y estoy seguro de que también os odio a todos vosotros.

HELENA. Hablas como si nosotros tuviéramos la culpa de tu vejez.

SEREBRAKOFF. Soy más odioso para ti que para nadie.

HELENA se levanta y se aleja de él, sentándose a cierta distancia.

SEREBRAKOFF. Tienes toda la razón, por supuesto. No soy idiota; puedo entenderte. Usted es joven, sana y hermosa, y anhela la vida, y yo soy un viejo imbécil, casi un hombre muerto ya. ¿No lo sé? Claro que veo que es

una tontería que yo viva tanto tiempo, pero ¡esperad! Pronto os liberaré a todos. Mi vida no puede prolongarse mucho más.

HELENA. Estás sobrecargando mi capacidad de resistencia. ¡Cállate, por el amor de Dios!

SEREBRAKOFF. Parece que, gracias a mí, el poder de resistencia de todo el mundo está siendo sobrecargado; todo el mundo es miserable, sólo yo estoy felizmente triunfante. ¡Oh, sí, por supuesto!

HELENA. ¡Cállate! Me estás torturando.

SEREBRAKOFF. Yo torturo a todo el mundo. Por supuesto.

HELENA. [Llorando] ¡Esto es insoportable! Dime, ¿qué es lo que quieres que haga?

SEREBRAKOFF. Nada.

HELENA. Entonces cállate, por favor.

SEREBRAKOFF. Es curioso que todo el mundo escuche a Iván y a la vieja idiota de su madre, pero en cuanto abro los labios todos empezáis a sentir os maltratados. Ni siquiera podéis soportar el sonido de mi voz. Aunque sea odioso, aunque sea un tirano egoísta, ¿no tengo derecho a serlo a mi edad? ¿No me lo merezco? ¿No tengo, te pregunto, derecho a ser respetado, ahora que soy viejo?

HELENA. Nadie discute tus derechos. [La ventana se cierra de golpe con el viento] El viento se levanta, debo cerrar la ventana. [La cierra] En un momento lloverá. Tus derechos nunca han sido cuestionados por nadie.

El VIGILANTE del jardín hace sonar su matraca.

SEREBRAKOFF. Me he pasado la vida trabajando en pro del aprendizaje. Estoy acostumbrado a mi biblioteca y a la sala de conferencias y a la estima y admiración de mis colegas. Ahora, de repente, me encuentro sumido en este desierto, condenado a ver a los mismos estúpidos de la mañana a la noche y a escuchar su fútil conversación. Quiero vivir; anhelo el éxito y la fama y la conmoción del mundo, ¡y aquí estoy en el exilio! Oh, es espantoso pasar cada momento lamentando el pasado perdido, ver el éxito de los demás y sentarme aquí sin otra cosa que hacer que temer la muerte. No puedo soportarlo. Es más de lo que puedo soportar. ¡Y ni siquiera me perdonas por ser vieja!

HELENA. Espera, ten paciencia; yo también seré vieja dentro de cuatro o cinco años.

Entra SONIA.

SONIA. Padre, has mandado llamar al doctor Astroff, y ahora, cuando viene, te niegas a verlo. No está bien dar a un hombre tantos problemas para nada.

SEREBRAKOFF. ¿Qué me importa tu Astroff? Él entiende la medicina tan bien como yo la astronomía.

SONIA. No podemos mandar a llamar a toda la facultad de medicina, ¿verdad?

SEREBRAKOFF. ¡No hablaré con ese loco!

SONIA. Haz lo que quieras. A mí me da igual. [Se sienta.]

SEREBRAKOFF. ¿Qué hora es?

HELENA. La una.

SEREBRAKOFF. Aquí hace un calor sofocante. Sonia, pásame esa botella que está sobre la mesa.

SONIA. Aquí está. [Le entrega un frasco de medicina].

SEREBRAKOFF. [Con tono de enfado] ¡No, ése no! ¿No puedes entenderme? ¿No puedo pedirte que hagas algo?

SONIA. Por favor, no seas capcioso conmigo. A algunos les puede gustar, pero a mí me tienes que ahorrar, si te parece, porque a mí no me gusta. Además, no tengo tiempo; mañana cortaremos el heno y debo madrugar.

VOITSKI entra vestido con una bata larga y llevando una vela.

VOITSKI. Se avecina una tormenta. [Los relámpagos brillan] ¡Ahí está! Id a la cama, Helena y Sonia. He venido a ocupar vuestro lugar.

SEREBRAKOFF. [Asustado] ¡No, no, no! ¡No me dejes sola con él! No lo hagas. Empezaré a sermonearme.

VOITSKI. Pero debes darles un poco de descanso. Llevan dos noches sin dormir.

SEREBRAKOFF. Pues que se vayan a la cama, pero tú también te vas. Gracias. Te imploro que te vayas. Por el bien de nuestra antigua amistad no protestes por ir. Hablaremos en otro momento...

VOITSKI. ¡Nuestra antigua amistad! Nuestra antigua...

SONIA. ¡Cállate, tío Vania!

SEREBRAKOFF. [A su esposa] Querida, no me dejes sola con él. Empezaré a sermonearme.

VOITSKI. Esto es ridículo.

Entra MARINA llevando una vela.

SONIA. Debe acostarse, enfermera, es tarde.

MARINA. No he recogido las cosas del té. No puedo ir a la cama todavía.

SEREBRAKOFF. Nadie puede ir a la cama. Todos están agotados, sólo yo disfruto de una perfecta felicidad.

MARINA. [Se acerca a SEREBRAKOFF y le habla con ternura] ¿Qué le pasa, maestro? ¿Le duele? A mí también me duelen las piernas, oh, tanto. [Acomoda su chal sobre las piernas] Hace mucho tiempo que tienes esta enfermedad. La difunta madre de Sonia también se desvelaba con usted y se desgastaba por usted. Ella te quería mucho. [Una pausa] Los viejos quieren ser compadecidos tanto como los jóvenes, pero nadie se preocupa por ellos de alguna manera. [Besa el hombro de SEREBRAKOFF] Venga, maestro, déjeme darle un poco de té de tilo y calentar sus pobres pies por usted. Rezaré a Dios por usted.

SEREBRAKOFF. [Tocado] Vamos, Marina.

MARINA. Me duelen tanto los pies, ¡oh, tanto! [Ella y SONIA conducen a SEREBRAKOFF fuera] La madre de Sonia solía agotarse de pena y llanto. Entonces aún eras pequeña y tonta, Sonia. Vamos, vamos, maestro.

SEREBRAKOFF, SONIA y MARINA salen.

HELENA. Estoy absolutamente agotada por él, y apenas puedo mantenerme en pie.

VOITSKI. Tú estás agotada por él, y yo estoy agotada por mí misma. Llevo tres noches sin dormir.

HELENA. Algo va mal en esta casa. Tu madre odia todo, menos sus folletos y al profesor; el profesor está enfadado, no se fía de mí y te teme; Sonia está enfadada con su padre y conmigo, y no me habla desde hace dos semanas; yo estoy al límite de mis fuerzas y he estado a punto de romper a llorar por lo menos veinte veces hoy. Algo va mal en esta casa.

VOITSKI. Deja de especular.

HELENA. Eres culto e inteligente, Iván, y seguro que comprendes que el mundo no se destruye por los villanos y las conflagraciones, sino por el odio y la malicia y toda esta cháchara rencorosa. Es tu deber hacer la paz, y no gruñir por todo.

VOITSKI. Ayúdame primero a hacer las paces conmigo mismo. ¡Querida mía! [Toma su mano.]

HELENA. ¡Suéltala! [Le arrastra la mano] ¡Vete!

VOITSKI. Pronto terminará la lluvia, y toda la naturaleza suspirará y despertará refrescada. Sólo que a mí no me refresca la tormenta. Día y noche el pensamiento me persigue como un demonio, que mi vida está perdida para siempre. Mi pasado no cuenta, porque lo malgasté en nimiedades, y el presente ha sido tan terriblemente malogrado. ¿Qué haré con mi vida y mi amor? ¿Qué será de ellos? Este maravilloso sentimiento mío se desperdiciará y se perderá como se pierde un rayo de sol que cae en un oscuro abismo, y mi vida se irá con él.

HELENA. Estoy como entumecida cuando me hablas de tu amor, y no sé cómo responderte. Perdóname, no tengo nada que decirte. [Intenta salir] ¡Buenas noches!

VOITSKI. [Si supieras cómo me atormenta la idea de que a mi lado, en esta casa, hay otra vida que se pierde para siempre: la tuya. ¿Qué esperas? ¿Qué maldita filosofía se interpone en tu camino? Oh, entiende, entiende...

HELENA. [Mirándole fijamente] ¡Iván, estás borracho!

VOITSKI. Tal vez. Tal vez.

HELENA. ¿Dónde está el médico?

VOITSKI. Ahí dentro, pasando la noche conmigo. Tal vez esté borracho, tal vez lo esté; nada es imposible.

HELENA. ¿Habéis estado bebiendo juntos? ¿Por qué lo hacéis?

VOITSKI. Porque de ese modo me da gusto la vida. ¡Déjame hacerlo, Helena!

HELENA. Antes no bebías, ni hablabas tanto. Vete a la cama, estoy cansada de ti.

VOITSKI. [Cayendo de rodillas ante ella] Mi amor, mi bella...

HELENA. [Enfadado] ¡Déjame en paz! De verdad, esto se ha vuelto demasiado desagradable.

HELENA sale. Una pausa.

VOITSKI [Solo] ¡Se ha ido! La conocí hace diez años, en casa de su hermana, cuando ella tenía diecisiete años y yo treinta y siete. ¿Por qué no me enamoré entonces de ella y le propuse matrimonio? Hubiera sido tan fácil. Y ahora habría sido mi esposa. Sí, la tormenta nos habría despertado a los dos esta noche, y ella se habría asustado, pero yo la habría abrazado y le habría susurrado: "¡No tengas miedo! Yo estoy aquí". Oh, sueño encantador, tan dulce que me río al pensarlo. [¡Pero Dios mío! ¡Mi cabeza se tambalea! ¿Por qué soy tan viejo? ¿Por qué no me entiende? Odio toda esa retórica suya, esa moral de la indolencia, esa charla absurda sobre la destrucción del mundo... [Una pausa] ¡Oh, cómo me han engañado! Durante años he adorado a ese miserable profesor lleno de gota. Sonia y yo hemos exprimido esta finca por él. Hemos trocado nuestra mantequilla y cuajada y guisantes como avaros, y nunca nos hemos quedado con un bocado para poder reunir suficientes peniques para enviárselos a él. Yo estaba orgulloso de él y de su aprendizaje; recibía todas sus palabras y escritos como inspirados, ¿y ahora? Ahora se ha retirado, y ¿cuál es el total de su vida? Un espacio en blanco. Es absolutamente desconocido, y su fama ha estallado como una burbuja de jabón. Me han engañado; ahora lo veo, me han engañado vilmente.

Entra ASTROFF. Lleva su abrigo, pero no tiene ni chaleco ni cuello, y está un poco borracho. TELEGIN le sigue, llevando una guitarra.

ASTROFF. Toca.

TELEGIN. Pero todo el mundo está dormido.

ASTROFF. Toca.

TELEGIN comienza a tocar suavemente.

ASTROFF. ¿Estás solo aquí? ¿No hay mujeres cerca? [Canta con los brazos en alto].

"La cabaña está fría, el fuego está muerto;
¿Dónde pondrá el maestro su cabeza?"

La tormenta eléctrica me despertó. Era un fuerte chaparrón. ¿Qué horas?

VOITSKI. Sólo el diablo lo sabe.

ASTROFF. Me ha parecido oír la voz de Helena.

VOITSKI. Estaba aquí hace un momento.

ASTROFF. ¡Qué mujer tan hermosa! [Mirando los frascos de medicinas sobre la mesa] ¿Medicinas, verdad? Qué variedad tenemos; ¡recetas de Moscú, de Kharkoff, de Tula! ¡Por qué, ha estado molestando a todas las ciudades de Rusia con su gota! ¿Está enfermo o simplemente fingiendo?

VOITSKI. Está realmente enfermo.

ASTROFF. ¿Qué te pasa esta noche? Pareces triste. ¿Es porque lo sientes por el profesor?

VOITSKI. Déjeme en paz.

ASTROFF. ¿O porque estás enamorado de la mujer del profesor?

VOITSKI. Ella es mi amiga.

ASTROFF. ¿Ya?

VOITSKI. ¿Qué quieres decir con "ya"?

ASTROFF. Una mujer sólo puede convertirse en amiga de un hombre después de haber sido primero su conocida y luego su amada; entonces se convierte en su amiga.

VOITSKI. ¡Qué filosofía tan vulgar!

ASTROFF. ¿Qué quieres decir? Sí, debo confesar que me estoy volviendo vulgar, pero entonces, ya ves, estoy borracho. Normalmente sólo bebo así una vez al mes. En esos momentos mi audacia y mi temeridad no tienen límites. Me siento capaz de todo. Intento las operaciones más difíciles y las hago magníficamente. Los planes más brillantes para el futuro toman forma en mi cabeza. Ya no soy un pobre tonto de médico, sino el mayor benefactor de la humanidad. Desarrollo mi propio sistema de filosofía y todos ustedes parecen arrastrarse a mis pies como tantos insectos o microbios. [A TELEGIN] ¡Toca, Waffles!

TELEGIN. Mi querido muchacho, lo haría con todo mi corazón, pero atiende a razones; todos en la casa están dormidos.

ASTROFF. Toca.

TELEGIN toca suavemente.

ASTROFF. Quiero un trago. Ven, aún nos queda algo de brandy. Y luego, en cuanto sea de día, te vendrás conmigo a casa. [Ve a SONIA, que entra en ese momento].

ASTROFF. Perdone, no tengo puesto el cuello de la camisa.

[Sale rápidamente, seguido por TELEGIN].

SONIA. Tío Vania, ¡tú y el doctor habéis estado bebiendo! Los buenos compañeros se han juntado. Está muy bien para él, siempre lo ha hecho, pero ¿por qué sigues su ejemplo? Se ve terriblemente a tu edad.

VOITSKI. La edad no tiene nada que ver. Cuando la vida real es insuficiente, hay que crear una ilusión. Es mejor que nada.

SONIA. Nuestro heno está todo cortado y se pudre con estas lluvias diarias, ¡y tú te dedicas a crear ilusiones! Has abandonado la granja por completo. He hecho todo el trabajo sola hasta que se me han acabado las fuerzas... ¡Tío! ¡Tienes los ojos llenos de lágrimas!

VOITSKI. ¿Lágrimas? Tonterías, no hay lágrimas en mis ojos. Me mirabas entonces como lo hacía tu difunta madre, cariño mío... [Besa ansiosamente su cara y sus manos] Hermana mía, mi querida hermana, ¿dónde estás ahora? ¡Ah, si supieras, si supieras!

SONIA. ¿Si supiera qué, tío?

VOITSKI. Mi corazón se desborda. Es horrible. Pero no importa. Tengo que irme. [Sale.]

SONIA. [Llama a la puerta] ¡Dr. Astroff! ¿Está usted despierto? Por favor, venga un momento.

ASTROFF. [Tras la puerta] En un momento.

Aparece en unos segundos. Se ha puesto el cuello y el chaleco.

ASTROFF. ¿Qué queréis?

SONIA. Bebe todo lo que quieras tú si no te parece repugnante, pero te imploro que no dejes que mi tío lo haga. Es malo para él.

ASTROFF. Muy bien; no beberemos más. Me voy a casa enseguida. Ya está decidido. Cuando los caballos estén enjaezados, ya habrá amanecido.

SONIA. Sigue lloviendo; espera hasta la mañana.

ASTROFF. La tormenta está pasando. Esto es sólo el borde de la misma. Tengo que irme. Y, por favor, no me pidas que vaya a ver a tu padre más veces. Le digo que tiene gota, y dice que es reumatismo. Le digo que se acueste, y se sienta. Hoy se ha negado a verme.

SONIA. Se ha echado a perder. [Mira en el aparador] ¿No quiere comer algo?

ASTROFF. Sí, por favor. Creo que lo haré.

SONIA. Me encanta comer por la noche. Estoy segura de que encontraremos algo aquí. Dicen que ha hecho muchas conquistas en su vida, y que las mujeres lo han mimado. Aquí tiene un poco de queso para usted.

[Se quedan comiendo junto al aparador].

ASTROFF. Hoy no he comido nada. Tu padre tiene un carácter muy difícil. [Saca una botella del aparador] ¿Puedo? [Se sirve un vaso de vodka] Estamos solos aquí y puedo hablar con franqueza. ¿Sabes que no podría soportar vivir en esta casa ni siquiera un mes? Esta atmósfera me ahogaría. Está tu padre, totalmente absorto en sus libros, y su gota; está tu tío Vania con su hipocondría, tu abuela, y finalmente, tu madrastra...

SONIA. ¿Qué pasa con ella?

ASTROFF. Un ser humano debe ser completamente bello: la cara, la ropa, la mente, los pensamientos. Tu madrastra es, por supuesto, hermosa a la vista, pero ¿no lo ves? No hace nada más que dormir y comer y pasear y

hechizarnos, y eso es todo. No tiene responsabilidades, todo lo hace por ella, ¿no es cierto? Y una vida ociosa nunca puede ser una vida pura. [Una pausa] Sin embargo, puedo estar juzgándola demasiado severamente. Al igual que tu tío Vania, estoy descontento, y por eso ambos somos unos gruñones.

SONIA. ¿No estás satisfecho con la vida?

ASTROFF. Me gusta la vida como vida, pero la odio y la desprecio en una pequeña aldea rural rusa, y en cuanto a mi propia vida personal, ¡por el cielo! no hay absolutamente ningún rasgo redentor en ella. ¿No te has dado cuenta de que si estás cabalgando por un bosque oscuro de noche y ves una pequeña luz que brilla delante, te olvidas de tu fatiga y de la oscuridad y de las afiladas ramitas que te azotan la cara? Yo trabajo, eso lo sabes, como no trabaja nadie más en el país. El destino me golpea sin descanso; a veces sufro insoportablemente y no veo ninguna luz por delante. No tengo esperanza; no me gusta la gente. Hace tiempo que no quiero a nadie.

SONIA. ¿No quieres a nadie?

ASTROFF. A nadie. Sólo siento una especie de ternura por tu vieja enfermera por los viejos tiempos. Los campesinos son todos iguales; son estúpidos y viven en la suciedad, y la gente educada es difícil de llevar. Uno se cansa de ellos. Todos nuestros buenos amigos son mezquinos y superficiales y no ven más allá de sus propias narices; en una palabra, son aburridos. Los que tienen cerebro son histéricos, devorados por la manía de autoanalizarse. Se quejan, odian, señalan los defectos en todas partes con una agudeza malsana. Se me acercan de reojo, me miran de reojo y dicen: "Ese hombre es un lunático", "Ese hombre es una bolsa de viento". O, si no saben con qué más etiquetarme, dicen que soy extraño. Me gusta el bosque; eso es extraño. No como carne; eso también es extraño. Las relaciones simples y naturales entre el hombre y el hombre o el hombre y la naturaleza no existen. [Intenta salir; SONIA se lo impide].

SONIA. ¡Te ruego, te imploro, que no bebas más!

ASTROFF. ¿Por qué no?

SONIA. Es tan indigno de ti. Sois bien educado, vuestra voz es dulce, sois incluso -más que nadie que yo conozca- guapo. ¿Por qué quieres parecer a la gente común que bebe y juega a las cartas? ¡Oh, no lo hagas, te lo ruego! Siempre dices que la gente no crea nada, sino que sólo destruye lo que el cielo le ha dado. ¿Por qué, oh, por qué, te destruyes a ti mismo? ¡Oh, no lo hagas, te imploro que no lo hagas! Te lo ruego.

ASTROFF. [Le da la mano] No beberé más.

SONIA. Prométeme.

ASTROFF. Te doy mi palabra de honor.

SONIA. [Apretando su mano] Gracias.

ASTROFF. Ya lo he hecho. Ya ves, vuelvo a estar perfectamente sobrio, y así seguiré hasta el final de mi vida. [Mira su reloj] Pero, como decía, la vida no me depara nada; mi carrera está hecha. Soy viejo, estoy cansado, soy trivial; mi sensibilidad está muerta. Jamás podría volver a apegarme a nadie. No amo a nadie, y nunca lo haré. Sólo la belleza tiene el poder de tocarme todavía. Me conmueve profundamente. Helena podría hacer girar mi cabeza en un día si quisiera, pero eso no es amor, eso no es afecto...

[Se estremece y se cubre la cara con las manos].

SONIA. ¿Qué es eso?

ASTROFF. Nada. Durante la Cuaresma uno de mis pacientes murió bajo el cloroformo.

SONIA. Ya es hora de olvidar eso. [Una pausa] Dígame, doctor, si tuviera una amiga o una hermana menor, y si supiera que ella, la quiere bien, ¿qué haría?

ASTROFF. [Encogiéndose de hombros] No lo sé. Creo que no debería hacer nada. Debería hacerle entender que no podría corresponder a su amor; sin embargo, mi mente no se preocupa por esas cosas ahora. Debo comenzar de inmediato si quiero salir de aquí. Adiós, mi querida niña. A este paso nos quedaremos aquí hablando hasta la mañana. [Saldré por el salón, porque temo que tu tío me detenga. [Sale.]

SONIA. [Solo] ¡Ni una palabra! Su corazón y su alma siguen encerrados en mí, y sin embargo, por alguna razón me siento extrañamente feliz. Me pregunto por qué. [Se ríe con placer] Le dije que era bien educado y guapo y que su voz era dulce. ¿Fue un error? Todavía puedo sentir su voz vibrando en el aire; me acaricia. ¡Oh, qué terrible es ser simple! Soy sencilla, lo sé. Al salir de la iglesia el domingo pasado escuché a una mujer decir: "Es una chica querida y noble, pero ¿qué pena que sea tan fea!" ¡Tan fea!

HELENA entra y abre de golpe la ventana.

HELENA. Ya ha pasado la tormenta. ¡Qué aire tan delicioso! [Una pausa] ¿Dónde está el doctor?

SONIA. Se ha ido. [Una pausa].

HELENA. ¡Sonia!

SONIA. ¿Sí?

HELENA. ¿Cuánto tiempo más te vas a enfadar conmigo? No nos hemos hecho daño. ¿Por qué no ser amigos? Ya hemos tenido suficiente.

SONIA. Yo misma... [Abraza a HELENA] Hagamos las paces.

HELENA. Con todo mi corazón. [Las dos se conmueven].

SONIA. ¿Se ha acostado papá?

HELENA. No, está sentado en el salón. Dios sabe qué razón teníamos tú y yo para no hablarnos durante semanas. [¿Quién ha dejado el aparador abierto?

SONIA. El Dr. Astroff acaba de cenar.

HELENA. Hay un poco de vino. Sellemos nuestra amistad.

SONIA. Sí, permítanos.

HELENA. De un vaso. [Llena una copa de vino] Así que somos amigos, ¿no?

SONIA. Sí. [Beben y se besan] Hace tiempo que quería hacer amigos, pero de alguna manera, me daba vergüenza. [Ella llora].

HELENA. ¿Por qué lloras?

SONIA. No lo sé. No es nada.

HELENA. Ya, ya, no llores. [¡Tonta! Ahora yo también lloro. [Una pausa] Estás enfadada conmigo porque parece que me he casado con tu padre por su dinero, pero no te creas las habladurías que oyes. Te juro que me casé con él por amor. Me fascinaba su fama y su saber. Ahora sé que no era amor real, pero en aquel momento parecía real. Soy inocente y, sin embargo, tus ojos astutos y suspicaces me castigan por un crimen imaginario desde mi matrimonio.

SONIA. ¡Paz, paz! Olvidemos el pasado.

HELENA. No debes mirar así a la gente. No te conviene. Debes confiar en la gente, o la vida se vuelve imposible.

SONIA. Dime de verdad, como amiga, ¿eres feliz?

HELENA. De verdad, no.

SONIA. Ya lo sabía. Una pregunta más: ¿te gustaría que tu marido fuera joven?

HELENA. ¡Qué niña eres! Claro que sí. Anda, pregunta algo más.

SONIA. ¿Te gusta el doctor?

HELENA. Sí, mucho.

SONIA. [Riendo] Tengo una cara de tonta, ¿no? Acaba de salir, y su voz sigue en mis oídos; oigo su paso; veo su cara en la ventana oscura. ¡Déjeme decir todo lo que tengo en mi corazón! Pero no, no puedo hablarlo tan alto. Me da vergüenza. Ven a mi habitación y deja que te lo cuente allí. Te parece una tonta, ¿no? Háblame de él.

HELENA. ¿Qué puedo decir?

SONIA. Es inteligente. Puede hacer de todo. Puede curar a los enfermos y plantar bosques.

HELENA. No es una cuestión de medicina y bosques, querida, es un hombre de genio. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que es valiente, profundo y con una visión clara. Planta un árbol y su mente viaja mil años hacia el futuro, y ve visiones de la felicidad de la raza humana. Las personas como él son raras y deben ser amadas. ¿Y qué pasa si bebe y se comporta mal a veces? Un hombre de genio no puede ser un santo en Rusia. Allí vive aislado del mundo por el frío y la tormenta y los interminables caminos de barro sin fondo, rodeado de un pueblo rudo y aplastado por la po-

breza y la enfermedad, su vida es una lucha continua, sin un día de respiro; ¿cómo puede un hombre vivir así durante cuarenta años y mantenerse sobrio y sin mancha? [Besando a SONIA] Te deseo la felicidad con todo mi corazón; te la mereces. [Se levanta] En cuanto a mí, soy una mujer inútil, fútil. Siempre he sido inútil; en la música, en el amor, en la casa de mi marido, en una palabra, en todo. Cuando lo piensas, Sonia, soy realmente muy, muy infeliz. [La felicidad nunca podrá existir para mí en este mundo. Nunca. ¿Por qué te ríes?

SONIA. [Riendo y cubriéndose la cara con las manos] ¡Soy tan feliz, tan feliz!

HELENA. Quiero escuchar música. Puede que toque un poco.

SONIA. ¡Oh, hazlo, hazlo! [La abraza] No podría ir a dormir ahora. Toca.

HELENA. Sí, lo haré. Tu padre aún está despierto. La música le irrita cuando está enfermo, pero si él dice que puedo, entonces tocaré un poco. Ve, Sonia, y pídele.

SONIA. Muy bien.

[Sale. En el jardín se oye la matraca del Vigilante].

HELENA. Hace tiempo que no oigo música. Y ahora, me sentaré y tocaré, y lloraré como una tonta. [Hablando por la ventana] ¿Eres tú el que está traqueteando ahí fuera, Ephim?

VOZ DEL VIGILANTE. Soy yo.

HELENA. No hagas tanto ruido. Tu amo está enfermo.

VOZ DEL VIGILANTE. Me voy en este momento. [Silba una melodía.]

SONIA. [Vuelve] Dice que no.

Cae el telón.

ACTO III

El salón de la casa de SEREBRAKOFF. Hay tres puertas: una a la derecha, otra a la izquierda y otra en el centro de la habitación. VOITSKI y SONIA están sentados. HELENA camina de un lado a otro, absorta en sus pensamientos.

VOITSKI. El profesor nos pidió que estuviéramos aquí a la una. [Es la una menos cuarto. Parece que tiene alguna comunicación que hacer al mundo.

HELENA. Probablemente un asunto de negocios.

VOITSKI. Nunca ha tenido ningún negocio. Escribe tonterías, refunfuña y se come el corazón con los celos; eso es todo lo que hace.

SONIA. [Reprochando] ¡Tío!

VOITSKI. Muy bien. Le ruego que me disculpe. [Señala a HELENA] Mírala. Vagando arriba y abajo por pura ociosidad. Una dulce imagen,

realmente.

HELENA. Me sorprende que no te aburras, cantando en el mismo tono desde la mañana hasta la noche. [Desesperadamente] Me muero de este tedio. ¿Qué voy a hacer?

SONIA. [Encogiéndose de hombros] Hay mucho que hacer si quieres.

HELENA. ¿Por ejemplo?

SONIA. Podrías ayudar a llevar este lugar, enseñar a los niños, cuidar a los enfermos... ¿no es suficiente? Antes de que llegais papá y tú, el tío Vania y yo íbamos al mercado a comerciar con harina.

HELENA. No sé nada de esas cosas y, además, no me interesan. Sólo en las novelas las mujeres salen a enseñar y a curar a los campesinos; ¿cómo voy a empezar a hacerlo de repente?

SONIA. ¿Cómo puedes vivir aquí y no hacerlo? Espera un poco, te acostumbrarás a todo. [La abraza] No estés triste, querida. [Ríe] Te sientes desgraciada e inquieta, y parece que no encajas en esta vida, y tu inquietud es contagiosa. Mira al tío Vania, ahora no hace más que perseguirte como una sombra, y yo he dejado hoy mi trabajo para venir aquí a hablar contigo. Me está dando pereza, y no quiero seguir con ello. El doctor Astroff no solía venir aquí casi nunca; era todo lo que podíamos hacer para persuadirle de que nos visitara una vez al mes, y ahora ha abandonado su silvicultura y su consulta, y viene todos los días. Debe ser un brujo.

VOITSKI. ¿Por qué has de languidecer aquí? Vamos, querida, belleza mía, sé sensata. La sangre de un Nixey corre por tus venas. Oh, ¿no te per-

mitirás ser una? Da las riendas a tu naturaleza por una vez en tu vida; enamórate de algún otro duendecillo del agua y sumérgete de cabeza en un profundo estanque, para que el señor profesor y todos nosotros podamos volver a tener las manos libres.

HELENA. [Enfadada] ¡Déjame en paz! ¡Qué cruel eres! [Intenta salir].

VOITSKI. [Impidiéndolo] Ya está, ya está, preciosa, te pido disculpas. [Le besa la mano] Perdóname.

HELENA. Confiesa que pondrías a prueba la paciencia de un ángel.

VOITSKI. Como ofrenda de paz voy a buscar unas flores que recogí para ti esta mañana: unas rosas de otoño, hermosas y dolorosas. [Sale.]

SONIA. ¡Rosas de otoño, hermosas y dolorosas rosas!

[Ella y HELENA se quedan mirando por la ventana].

HELENA. ¡Ya es septiembre! ¿Cómo viviremos el largo invierno aquí? [Una pausa] ¿Dónde está el médico?

SONIA. Está escribiendo en la habitación del tío Vania. Me alegro de que el tío Vania haya salido, quiero hablar contigo de algo.

HELENA. ¿Sobre qué?

SONIA. ¿Sobre qué?

[Apoya su cabeza en el pecho de HELENA].

HELENA. [Acariciando su pelo] Ya está, ya está, ya está. No, Sonia.

SONIA. Soy fea.

HELENA. Tienes un pelo precioso.

SONIA. No digas eso. [Se vuelve para mirarse en el cristal] No, cuando una mujer es fea siempre dicen que tiene un pelo o unos ojos preciosos. Hace ya seis años que le quiero, le quiero más que a la propia madre. Me parece que lo escucho a mi lado cada momento del día. Siento la presión de su mano sobre la mía. Si levanto la vista, me parece verlo venir, y como ves, corro hacia ti para hablar de él. Ahora está aquí todos los días, pero nunca me mira, no nota mi presencia. Es una agonía. No tengo ninguna esperanza, no, ninguna esperanza. ¡Oh, Dios mío! Dame fuerzas para aguantar. He rezado toda la noche. A menudo me acerco a él y le hablo y le miro a los ojos. Mi orgullo ha desaparecido. No soy dueña de mí misma. Ayer le dije al tío Vania que no podía controlarme, y todos los criados lo saben. Todos saben que le quiero.

HELENA. ¿Lo sabe?

SONIA. No, nunca se fija en mí.

HELENA. [Es un hombre extraño. Escucha, Sonia, ¿me permites hablar con él? Tendré cuidado, sólo insinuaré. [Una pausa] ¡De verdad, estar en la

incertidumbre todos estos años! ¡Déjame hacerlo!

SONIA hace un gesto afirmativo con la cabeza.

HELENA. ¡Espléndido! Será fácil descubrir si te quiere o no. No te avergüences, cariño, no te preocupes. Tendré cuidado; él no notará nada. Sólo queremos saber si es sí o no, ¿no? [Una pausa] Y si es no, entonces debe mantenerse alejado de aquí, ¿es así?

SONIA asiente.

HELENA. Será más fácil no verlo más. No pospondremos el examen ni un instante. Dijo que tenía un dibujo para mostrarme. Ve y dile de inmediato que quiero verlo.

SONIA. [Con gran excitación] ¿Me vas a decir toda la verdad?

HELENA. Por supuesto que sí. Estoy segura de que, sea lo que sea, será más fácil de soportar para ti que esta incertidumbre. Confía en mí, querida.

SONIA. Sí, sí. Diré que quieres ver su boceto. [No, es mejor no saber... y, sin embargo, puede haber esperanza.

HELENA. ¿Qué dices?

SONIA. Nada. [Sale.]

HELENA. [A solas] No hay mayor pena que conocer el secreto de otro cuando no se le puede ayudar. [Pensando profundamente] Es obvio que no está enamorado de ella, pero ¿por qué no habría de casarse con ella? No es bonita, pero es tan inteligente, pura y buena, que sería una espléndida esposa para un médico rural de su edad. [Puedo entender cómo se siente la pobre niña. Vive aquí en esta desesperante soledad, sin nadie a su alrededor, excepto esas sombras incoloras que andan por ahí diciendo tonterías y sin saber nada más que comer, beber y dormir. Entre ellas aparece de vez en cuando este Dr. Astroff, tan diferente, tan guapo, tan interesante, tan encantador. Es como ver salir la luna en una noche oscura. ¡Oh, entregarse a su abrazo! ¡Perderse en sus brazos! ¡Yo también estoy un poco enamorada de él! Sí, me siento sola sin él, y cuando pienso en él sonrío. Ese tío Vania dice que tengo la sangre de un Nixey en mis venas: "¡Da rienda suelta a tu naturaleza por una vez en tu vida!" Tal vez sea justo que lo haga. ¡Oh, ser libre como un pájaro, volar lejos de todas vuestras caras somnolientas y vuestra palabrería y olvidar que habéis existido en absoluto! Pero soy un cobarde, tengo miedo; mi conciencia me atormenta. Ahora viene aquí todos los días. Puedo adivinar por qué, y ya me siento culpable; me gustaría caer de rodillas a los pies de Sonia y pedirle perdón, y llorar.

Entra ASTROFF llevando una cartera.

ASTROFF. ¿Cómo está usted? [Le da la mano] ¿Quiere ver mi boceto?

HELENA. Sí, me prometiste enseñarme lo que habías hecho. ¿Tienes tiempo ahora?

ASTROFF. Por supuesto que sí.

Pone la carpeta sobre la mesa, saca el boceto y lo sujeta a la mesa con chinchetas.

ASTROFF. ¿Dónde naciste?

HELENA. [Ayudándole] En San Petersburgo.

ASTROFF. ¿Y educado?

HELENA. En el Conservatorio de allí.

ASTROFF. No te parece muy interesante esta vida, me atrevo a decir.

HELENA. Oh, ¿por qué no? Es cierto que no conozco muy bien el país, pero he leído mucho sobre él.

ASTROFF. Tengo mi propio escritorio en la habitación de Iván. Cuando estoy demasiado agotada para seguir adelante, dejo todo y me apresuro a venir aquí para olvidarme de este trabajo durante una o dos horas. Iván y la señorita Sonia se sientan a contar, el grillo canta, y yo me siento a su lado y pinto, sintiéndome cálida y tranquila. Pero no me permito este lujo muy a menudo, sólo una vez al mes. [¡Mira ahí! Es un mapa de nuestro país tal y como era hace cincuenta años. Los tonos verdes, tanto oscuros como claros, representan los bosques. La mitad del mapa, como ves, está cubierta de ellos. Donde el verde está rayado de rojo los bosques estaban habitados por alces y cabras salvajes. Aquí, en este lago, vivían grandes bandadas de cisnes y gansos y patos; como dicen los ancianos, había una potencia de aves de todo tipo. Ahora han desaparecido como una nube. Junto a las aldeas y pueblos, como ves, he salpicado aquí y allá los diversos asentamientos, granjas, cuevas de ermitaños y molinos de agua. Este país llevaba mucho ganado y caballos, como puedes ver por la cantidad de pintura azul. Por ejemplo, ved la densidad que hay en esta parte; aquí había grandes manadas

de ellos, una media de tres caballos por cada casa. [Una pausa] Ahora, mirad más abajo. Este es el país como era hace veinticinco años. Sólo un tercio del mapa es ahora verde con bosques. No quedan cabras ni alces. La pintura azul es más clara, y así sucesivamente. Ahora llegamos a la tercera parte; nuestro país tal y como aparece hoy. Todavía vemos manchas de verde, pero no mucho. Los alces, los cisnes y las gallinas negras han desaparecido. Es, en general, la imagen de una decadencia regular y lenta que evidentemente sólo tardará unos diez o quince años más en completarse. Tal vez se pueda objetar que se trata de la marcha del progreso, que el viejo orden debe dar paso al nuevo, y puede que se tenga razón si se hubieran construido carreteras a través de estos bosques en ruinas, o si las fábricas y las escuelas hubieran ocupado su lugar. Entonces la gente habría sido mejor educada, más sana y más rica, pero tal como están las cosas, no tenemos nada de eso. Tenemos los mismos pantanos y mosquitos; las mismas enfermedades y carencias; la fiebre tifoidea, la difteria, los pueblos en llamas. Nos enfrentamos a la degradación de nuestro país, provocada por la feroz lucha por la existencia de la raza humana. Es la consecuencia de la ignorancia y la inconsciencia de una humanidad hambrienta, temblorosa y enferma que, para salvar a sus hijos, arrebató instintivamente todo lo que puede calentarla y calmar su hambre. Así que destruye todo lo que puede poner en sus manos, sin pensar en el mañana. Y casi todo ha desaparecido, y nada ha sido creado para ocupar su lugar. [Con frialdad] Pero veo por tu cara que no te interesa.

HELENA. ¡Sé tan poco de esas cosas!

ASTROFF. No hay nada que saber. Simplemente no es interesante, eso es todo.

HELENA. Francamente, mis pensamientos estaban en otra parte. Perdóname. Quiero someterte a un pequeño examen, pero me da vergüenza y no sé cómo empezar.

ASTROFF. ¿Un examen?

HELENA. Sí, pero bastante inocente. Siéntese. [Se trata de cierta joven que conozco. Hablemos de ello como personas honestas, como amigos, y luego olvidemos lo que ha pasado entre nosotros, ¿de acuerdo?

ASTROFF. Muy bien.

HELENA. Se trata de mi hijastra, Sonia. ¿Te gusta?

ASTROFF. Sí, la respeto.

HELENA. ¿Te gusta como mujer?

ASTROFF. [Lentamente] No.

HELENA. Una palabra más y será la última. ¿No has notado nada?

ASTROFF. No, nada.

HELENA. [Tomando su mano] No la amas. Lo veo en tus ojos. Ella está sufriendo. Debes darte cuenta de ello, y no venir más aquí.

ASTROFF. Mi sol se ha puesto, sí, y luego no tengo tiempo. [Se encoge de hombros] ¿De dónde voy a sacar tiempo para esas cosas? [Se avergüenza].

HELENA. ¡Bah! ¡Qué conversación más desagradable! Estoy tan sin aliento como si hubiera corrido tres millas cuesta arriba. ¡Gracias al cielo, eso ha terminado! Ahora olvidemos todo como si no se hubiera dicho nada. Usted es sensato. Lo entiendes. [Me estoy sonrojando.]

ASTROFF. Si hubieras hablado hace un mes quizás lo hubiera considerado, pero ahora -[Se encoge de hombros] Por supuesto, si ella está sufriendo pero no puedo entender por qué has tenido que hacerme pasar por este examen. [Busca en su rostro con los ojos, y agita el dedo hacia ella] ¡Oh, eres astuto!

HELENA. ¿Qué significa esto?

ASTROFF. [Riendo] ¡Eres un astuto! Admito que Sonia está sufriendo, pero ¿qué significa este examen tuyo? [Por favor, no pongas esa cara de sorpresa; sabes perfectamente por qué vengo aquí todos los días. Sí, ¡usted sabe perfectamente por qué y por quién vengo! Oh, mi dulce tigresa, no me mires así, soy un viejo pájaro.]

HELENA. [Perpleja] ¿Una tigresa? No te entiendo.

ASTROFF. Hermosa y elegante tigresa, ¡debes tener tus víctimas! Durante todo un mes no he hecho otra cosa que buscarte ansiosamente. He tirado todo por ti, y te encanta verlo. Ahora bien, estoy seguro de que sabías todo esto sin someterme a tu examen. [Cruzando los brazos e inclinando la cabeza] Me rindo. Aquí me tienes; ahora, cómeme.

HELENA. ¡Te has vuelto loco!

ASTROFF. ¡Tienes miedo!

HELENA. Soy una mujer mejor y más fuerte de lo que tú crees. Adiós. [Intenta salir de la habitación].

ASTROFF. ¿Por qué adiós? No digas adiós, no desperdicies palabras. Oh, qué hermosa eres... ¡qué manos! [Le besa las manos].

HELENA. ¡Basta ya! [Ella libera sus manos] ¡Sal de la habitación! Te has olvidado de ti misma.

ASTROFF. Dime, dime, ¿dónde podemos vernos mañana? [Él la rodea con su brazo] ¡No ves que debemos encontrarnos, que es inevitable?

La besa. VOITSKI entra llevando un ramo de rosas y se detiene en la puerta.

HELENA. [Sin ver a VOITSKI] ¡Tenga piedad! Déjame, [apoya su cabeza en el hombro de ASTROFF] ¡No lo hagas! [Intenta separarse de él].

ASTROFF. [La sujeta por la cintura] Estate en el bosque mañana a las dos. ¿Lo harás? ¿Lo harás?

HELENA. [Ve a VOITSKI] ¡Déjame ir! [Va a la ventana profundamente avergonzada] ¡Esto es espantoso!

VOITSKI. [Arroja las flores sobre una silla, y habla con gran excitación, limpiándose la cara con el pañuelo] Nada, sí, sí, nada.

ASTROFF. Hoy hace buen tiempo, mi querido Iván; por la mañana estaba nublado y parecía que iba a llover, pero ahora vuelve a brillar el sol. La verdad es que hemos tenido un otoño muy bueno, y el trigo se ve bastante bien. [Pero los días son cada vez más cortos.

HELENA. [Se acerca rápidamente a VOITSKI] ¡Debes hacer todo lo posible; debes usar todo tu poder para sacarnos a mi marido y a mí de aquí hoy! ¿Me oyes? Digo que hoy mismo.

VOITSKI. [Limpiándose la cara] ¡Oh! ¡Ah! ¡Oh! ¡Está bien! ¡Yo-Helena, lo he visto todo!

HELENA. [Con gran agitación] ¿Me oyes? ¡Debo salir de aquí hoy mismo!

Entran SEREBRAKOFF, SONIA, MARINA y TELEGIN.

TELEGIN. Yo tampoco estoy muy bien, Excelencia. Llevo dos días cojeando y mi cabeza...

SEREBRAKOFF. ¿Dónde están los demás? Odio esta casa. Es un verdadero laberinto. Todos están siempre dispersos por las veintiséis enormes habitaciones; nunca se puede encontrar un alma. [Pide a mi esposa y a Madame Voitskaya que vengan aquí.

HELENA. Ya estoy aquí.

SEREBRAKOFF. Por favor, siéntense todos.

SONIA. [Se acerca a HELENA y pregunta con ansiedad] ¿Qué ha dicho?

HELENA. Te lo diré más tarde.

SONIA. Está usted conmovida. [Mirando rápida e inquisitivamente a su rostro] Entiendo; dijo que no vendría más por aquí. [Una pausa] Dime, ¿lo hizo?

HELENA asiente con la cabeza.

SEREBRAKOFF. [A TELEGIN] Uno puede, después de todo, reconciliarse con ser un inválido, pero no con esta vida de campo. Se me atascan las formas en la garganta y me siento exactamente como si me hubieran sacado de la tierra y aterrizado en un planeta extraño. Por favor, tomen asiento, señoras y señores. ¡Sonia! [SONIA no oye. Está de pie con la cabeza inclinada tristemente hacia delante sobre su pecho] ¡Sonia! [Una pausa] No me oye. [A MARINA] Siéntese también, enfermera. [MARINA se sienta y comienza a tejer su media] Les pido su indulgencia, señoras y señores; cuelguen sus oídos, si puedo decirlo, en la clavija de la atención. [Se ríe.]

VOITSKI. [Agitado] Tal vez no me necesiten, ¿me disculpan?

SEREBRAKOFF. No, ahora se le necesita más que a nadie.

VOITSKI. ¿Qué es lo que quieres de mí?

SEREBRAKOFF. Tú... ¿pero por qué estás enfadado? Si es por algo que he hecho, te pido que me perdones.

VOITSKI. Oh, deje eso y venga a los negocios; ¿qué es lo que quiere?

MME. VOITSKAYA entra.

SEREBRAKOFF. Aquí está la madre. Señoras y señores, voy a empezar. Les he pedido que se reúnan aquí, amigos míos, para discutir un asunto muy importante. Quiero pedirles su ayuda y consejo, y conociendo su infalible amabilidad creo que puedo contar con ambos. Soy un ratón de biblioteca y un erudito, y no estoy familiarizado con los asuntos prácticos. Me parece que no puedo prescindir de la ayuda de personas bien informadas como tú, Iván, y tú, Telegin, y tú, madre. La verdad es que manet omnes una nox, es decir, nuestras vidas están en manos de Dios, y como soy viejo y estoy enfermo, me doy cuenta de que ha llegado el momento de disponer de mis bienes en función de los intereses de mi familia. Mi vida está a punto de terminar, y no pienso en mí mismo, pero tengo una joven esposa y una hija. [No puedo seguir viviendo en el campo; no estamos hechos para la vida en el campo y, sin embargo, no podemos permitirnos vivir en la ciudad con los ingresos derivados de esta finca. Podríamos vender los bosques, pero eso sería un recurso al que no podríamos recurrir todos los años. Debemos encontrar algún medio de garantizarnos una renta anual más o menos fija. Con este objetivo, se me ha ocurrido un plan que ahora tengo el honor de presentarles para su consideración. Sólo les daré un esbozo, evitando todos los detalles. Nuestra hacienda no rinde por término medio más del dos por ciento del dinero invertido en ella. Propongo venderlo. Si invertimos nuestro capital en bonos, ganaremos entre el cuatro y el cinco por ciento, y probablemente tendremos un excedente de varios miles de rublos, con los que podríamos comprar una casa de verano en Finlandia...

VOITSKI. ¡Espera! Repite lo que acabas de decir; creo que no te he oído bien.

SEREBRAKOFF. He dicho que invertiríamos el dinero en bonos y compraríamos una casa de campo en Finlandia con el excedente.

VOITSKI. No, en Finlandia no; dijiste otra cosa.

SEREBRAKOFF. Propongo vender esta casa.

VOITSKI. ¡Ah! Eso es. ¿Así que va a vender la casa? Espléndido. La idea es rica. ¿Y qué propones hacer con mi vieja madre y conmigo y con Sonia aquí?

SEREBRAKOFF. Eso se decidirá a su debido tiempo. No podemos hacer todo a la vez.

VOITSKI. Espera! Está claro que hasta este momento nunca he tenido un grano de sentido común en mi cabeza. Siempre he sido tan estúpido como para pensar que la finca era de Sonia. Mi padre la compró como regalo de bodas para mi hermana, y yo me imaginé tontamente que, como nuestras leyes estaban hechas para los rusos y no para los turcos, la herencia de mi hermana recaería en su hijo.

SEREBRAKOFF. Por supuesto que es de Sonia. ¿Alguien lo ha negado? No quiero venderla sin el consentimiento de Sonia; al contrario, lo que hago es por el bien de Sonia.

VOITSKI. Esto es absolutamente incomprensible. O me he vuelto loco o...

MME. VOITSKAYA. Jean, no contradigas a Alejandro. Confía en él; él sabe mejor que nosotros lo que está bien y lo que está mal.

VOITSKI. No lo haré. Dame un poco de agua. [¡Adelante! Di lo que quieras, lo que sea.

SEREBRAKOFF. No puedo imaginar por qué estás tan molesto. No pretendo que mi plan sea ideal, y si todos ustedes se oponen a él, no insistiré. [Una pausa.]

TELEGIN. [Con vergüenza] No sólo nutro sentimientos de respeto hacia el aprendizaje, Excelencia, sino que también me atraen los lazos familiares. El hermano de la esposa de mi hermano Gregory, a quien tal vez conozca, se llama Constantino Lakedemonoff, y fue magistrado...

VOITSKI. Para, Waffles. Esto es un negocio; espera un poco, hablaremos de eso más tarde. [A SEREBRAKOFF] Ahora, pregúntale lo que piensa; esta finca fue comprada a su tío.

SEREBRAKOFF. ¡Ah! ¿Por qué debería preguntar? ¿De qué serviría?

VOITSKI. El precio fue de noventa y cinco mil rublos. Mi padre pagó setenta y dejó una deuda de veinticinco. ¡Escucha! Este lugar nunca se hubiera podido comprar si yo no hubiera renunciado a mi herencia en favor de mi hermana, a la que amaba profundamente, y, además, trabajé durante diez años como un buey, y pagué la deuda.

SEREBRAKOFF. Me arrepiento de haber iniciado esta conversación.

VOITSKI. Gracias a mi esfuerzo personal, el lugar está totalmente libre de deudas, y ahora, cuando he envejecido, ¡quieres echarme, cuello y buche!

SEREBRAKOFF. No puedo imaginar a qué quieres llegar.

VOITSKI. Durante veinticinco años he administrado este lugar, y te he enviado las ganancias como el más honesto de los sirvientes, y nunca me has dado una sola palabra de agradecimiento por mi trabajo, ni una, ni en mi juventud ni ahora. Me has concedido un escaso salario de quinientos rublos al año, una miseria, y nunca has pensado en añadirle un rublo.

SEREBRAKOFF. ¿Qué sé yo de esas cosas, Iván? No soy un hombre práctico y no las entiendo. Podrías haberte servido todo lo que quisieras.

VOITSKI. Sí, ¿por qué no he robado? ¿No me despreciáis todos por no haber robado, cuando hubiera sido de justicia? ¡Y ahora no tendría que haber sido un mendigo!

MME. VOITSKAYA. [Severamente] ¡Jean!

TELEGIN. [Agitado] Vania, viejo, no hables así. ¿Por qué estropear unas relaciones tan agradables? [Le abraza] ¡Deja de hacerlo!

VOITSKI. Durante veinticinco años he estado sentado aquí con mi madre como un topo en una madriguera. Todos nuestros pensamientos y esperanzas eran tuyos y sólo tuyos. De día hablábamos con orgullo de ti y de tu obra, y pronunciábamos tu nombre con veneración; nuestras noches las malgastábamos leyendo los libros y los periódicos que ahora mi alma detesta.

TELEGIN. No lo hagas, Vania, no lo hagas. No puedo soportarlo.

SEREBRAKOFF. [Con ira] ¿Qué es lo que quieres bajo el cielo?

VOITSKI. Antes te considerábamos casi sobrehumano, pero ahora se me han caído las escamas de los ojos y te veo tal como eres. Escribes sobre el arte sin saber nada de él. Esos libros tuyos que solía admirar no valen ni un kopeck de cobre. Es usted un engaño.

SEREBRAKOFF. ¿Nadie puede hacer que se detenga? Me voy.

HELENA. ¡Iván, te ordeno que te detengas en este instante! ¿Me oyes?

VOITSKI. Me niego. [SEREBRAKOFF intenta salir de la habitación, pero VOITSKI le cierra la puerta] ¡Espera! ¡No he terminado todavía! Has destrozado mi vida. Nunca he vivido. Mis mejores años no han servido para nada, se han arruinado gracias a ti. Eres mi más acérrimo enemigo.

TELEGIN. No puedo soportarlo; no puedo soportarlo. Me voy. [Sale muy excitado].

SEREBRAKOFF. ¿Pero qué quieres? ¿Qué derecho terrenal tienes a usar ese lenguaje conmigo? ¡Arruinar! Si esta finca es tuya, tómalala y deja que me arruine.

HELENA. Me voy de este infierno en este momento. [¡Esto es demasiado!

VOITSKI. Mi vida ha sido un fracaso. Soy inteligente, valiente y fuerte. Si hubiera vivido una vida normal podría haberme convertido en otro Schopenhauer o Dostoieffski. Estoy perdiendo la cabeza. Me estoy volviendo loco. ¡Madre, estoy desesperado! ¡Oh, madre!

MME. VOITSKAYA. [Escucha, Alexander.

SONIA se arrodilla junto a la enfermera y se acurruca contra ella.

SONIA. ¡Oh, enfermera, enfermera!

VOITSKI. ¡Madre! ¿Qué debo hacer? ¡Pero no, no hables! Yo sé lo que hay que hacer. [A SEREBRAKOFF] ¡Y tú me entenderás!

Sale por la puerta del centro de la habitación y MME. VOITSKAYA le sigue.

SEREBRAKOFF. Dígame, ¿qué es lo que pasa? ¡Quita a este lunático de mi vista! No puedo vivir bajo el mismo techo con él. Su habitación [señala la puerta central] está casi al lado de la mía. Que se vaya al pueblo o al ala de la casa, o me iré de aquí enseguida. No puedo quedarme en la misma casa con él.

HELENA. [A su marido] Nos vamos hoy; debemos prepararnos de inmediato para nuestra partida.

SEREBRAKOFF. ¡Qué hombre más horrible!

SONIA. [De rodillas junto a la enfermera y dirigiéndose a su padre. Habla con emoción] Debes ser amable con nosotros, papá. El tío Vania y yo somos tan infelices. [Controlando su desesperación] Ten piedad de nosotros. Recuerda cómo el tío Vania y la abuela copiaban y traducían tus libros todas las noches, todas, todas las noches. El tío Vania ha trabajado sin descanso; nunca gastó un céntimo en nosotros, te lo enviamos todo a ti. No hemos comido el pan de la ociosidad. No lo digo como quisiera, pero debes comprendernos, papá, debes ser misericordioso con nosotras.

HELENA. [Muy excitada, a su marido] ¡Por el amor de Dios, Alejandro, ve a hablar con él, explícale!

SEREBRAKOFF. Muy bien, hablaré con él, pero no me disculparé por nada. No estoy enfadado con él, pero debes confesar que su comportamiento ha sido, como mínimo, extraño. Disculpe, voy a ir con él.

[Sale por la puerta central].

HELENA. Sé amable con él; trata de calmarlo. [Le sigue a la salida].

SONIA. [Acercándose a MARINA] ¡Enfermera, oh, enfermera!

MARINA. No pasa nada, mi niño. Cuando los gansos hayan cacareado volverán a quedarse quietos. Primero cacarean y luego dejan de hacerlo.

SONIA. ¡Enfermera!

MARINA. Estás temblando por todas partes, como si te estuvieras congelando. Tranquila, tranquila, pequeña huérfana, Dios es misericordioso. Un poco de té de tilo y todo pasará. No llores, mi dulce. [Mirando con rabia a la puerta en el centro de la habitación] Mira, los gansos se han ido todos. ¡Que el diablo se los lleve!

Se oye un disparo. HELENA grita entre bastidores. SONIA se estremece.

MARINA. ¡Pum! ¿Qué es eso?

SEREBRAKOFF. [Entra tambaleándose de terror] ¡Sujétalo! ¡Sujétalo!
¡Se ha vuelto loco!

HELENA y VOITSKI se ven forcejeando en la puerta.

HELENA. [Intentando arrebatarle el revólver] ¡Déjalo; dámelo, te digo!

VOITSKI. ¡Suéltame, Helena, suéltame! [Se libera y entra corriendo, buscando a SEREBRAKOFF por todas partes] ¿Dónde está? ¡Ah, ahí está! [Le dispara. Una pausa] ¿No le he dado? ¿He vuelto a fallar? [Furiosamente] ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Al diablo con él!

Tira el revólver al suelo y se deja caer indefenso en una silla. SEREBRA-KOFF se queda de pie como si estuviera aturdido. HELENA se apoya en la pared, casi desmayada.

HELENA. ¡Llévenme! ¡Llévame! No puedo quedarme aquí, no puedo.

VOITSKI. [En la desesperación] Oh, ¿qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?

SONIA. [Suavemente] ¡Oh, enfermera, enfermera!

Cae el telón.

ACTO IV

El dormitorio de VOITSKI, que es también su despacho. Cerca de la ventana hay una mesa; sobre ella hay libros de contabilidad, balanzas de cartas y papeles de todo tipo. Cerca de ella hay una mesa más pequeña que pertenece a ASTROFF, con sus pinturas y materiales de dibujo. En la pared hay una jaula con un estornino. También hay un mapa de África en la pared, que obviamente no le sirve a nadie. Hay un gran sofá cubierto de bucarán. Una puerta a la izquierda da acceso a una habitación interior; otra a la derecha, al vestíbulo, y delante de esta puerta hay una estera para que los campesinos se pongan de pie con sus botas llenas de barro. Es una tarde de otoño. El silencio es profundo. TELEGIN y MARINA están sentados uno frente al otro, enrollando lana.

TELEGIN. Date prisa, Marina, o nos llamarán para despedirnos antes de que hayas terminado. El carruaje ya ha sido encargado.

MARINA. [Intentando devanar más rápido] Estoy un poco cansada.

TELEGIN. Se van a vivir a Kharkoff.

MARINA. Hacen bien en irse.

TELEGIN. Se han asustado. La mujer del profesor no quiere quedarse aquí ni una hora más. "Si es que nos vamos, partamos", dice ella, "iremos a Kharkoff y miraremos a nuestro alrededor, y luego podremos mandar a buscar nuestras cosas". Viajan con poco equipaje. Parece, Marina, que el destino ha decretado que no vivan aquí.

MARINA. Y con razón. ¡Qué tormenta acaban de levantar! ¡Ha sido una vergüenza!

TELEGIN. Lo fue, en efecto. La escena era digna del pincel de Aibazofski.

MARINA. Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en ellos. [Una pausa] Ahora volveremos a tener las cosas como antes: el té a las ocho, la cena a la una y la cena por la noche; todo en orden como gente decente, como les gusta a los cristianos. [Suspira] Hace mucho tiempo que no como fideos.

TELEGIN. Sí, hace siglos que no comemos fideos. [Una pausa] No desde hace años. Cuando iba por el pueblo esta mañana, Marina, uno de los tenderos me ha llamado: "¡Hola, colgado!". Lo sentí amargamente.

MARINA. No les haga el menor caso, maestro; todos dependemos de Dios. Tú y Sonia y todos nosotros. Cada uno debe trabajar, nadie puede quedarse de brazos cruzados. ¿Dónde está Sonia?

TELEGIN. En el jardín con el doctor, buscando a Iván. Temen que se ponga violento.

MARINA. ¿Dónde está su pistola?

TELEGIN. [La he escondido en el sótano.

Entran VOITSKI y ASTROFF.

VOITSKI. Dejadme en paz. [A MARINA y TELEGIN] ¡Vete! Vayan y déjenme sola, aunque sea por una hora. No quiero que me miréis así.

TELEGIN. Sí, sí, Vania. [Sale de puntillas].

MARINA. El gavián cacarea; ¡jo! jo! jo!

[Recoge su lana y sale].

VOITSKI. ¡Dejadme sola!

ASTROFF. Me gustaría, con el mayor placer. Debería haberme ido hace tiempo, pero no te dejaré hasta que me hayas devuelto lo que me quitaste.

VOITSKI. No te he quitado nada.

ASTROFF. No estoy bromeando, no me entretengas, debo irme de verdad.

VOITSKI. No he cogido nada tuyo.

ASTROFF. ¿No lo has hecho? Muy bien, tendré que esperar un poco más, y entonces tendréis que perdonarme si recorro a la fuerza. Tendremos que atarte y registrarte. Lo digo en serio.

VOITSKI. Haced lo que queráis. [Una pausa] ¡Oh, hacer el ridículo! ¡Disparar dos veces y fallar las dos! Nunca me lo perdonaré.

ASTROFF. Cuando te vino el impulso de disparar, hubiera sido mejor que te metieras una bala en la cabeza.

VOITSKI. [Encogiéndose de hombros] ¡Qué extraño! Intenté asesinar y no me van a detener ni a llevar a juicio. Eso significa que me creen loco. [Con una risa amarga] ¡Yo! Yo estoy loco, y los que esconden su inutilidad, su torpeza, su llorosa falta de corazón detrás de una máscara de profesor, están cuerdos. ¡Los que se casan con viejos y luego los engañan en las narices de todos, están cuerdos! ¡Te he visto besarla; os he visto abrazados!

ASTROFF. Sí, señor, la besé; así que allí. [Se lleva el pulgar a la nariz].

VOITSKI. [Sus ojos en la puerta] No, es la tierra la que está loca, porque todavía nos lleva en su seno.

ASTROFF. Eso es una tontería.

VOITSKI. ¿Y bien? ¿No soy un loco, y por lo tanto irresponsable? ¿No tengo derecho a decir tonterías?

ASTROFF. ¡Esto es una farsa! No estás loco; eres simplemente un tonto ridículo. Antes pensaba que todos los tontos estaban fuera de sí, pero ahora veo que la falta de sentido común es el estado normal de un hombre, y tú eres perfectamente normal.

VOITSKI. [Se cubre la cara con las manos] ¡Oh! ¡Si supieras la vergüenza que siento! Estas punzantes punzadas de vergüenza no se parecen a nada en la tierra. [Con voz agónica] ¡No puedo soportarlos! [Se apoya en la mesa] ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

ASTROFF. Nada.

VOITSKI. ¡Tienes que decirme algo! ¡Oh, Dios mío! Tengo cuarenta y siete años. Puede que viva hasta los sesenta; aún tengo trece años por delante; ¡una eternidad! ¿Cómo podré soportar la vida durante trece años? ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo podré llenarlos? ¿No lo ves? [Aprieta la mano de ASTROFF convulsivamente] ¿No ves que si pudiera vivir el resto de mi vida de alguna manera nueva? Si pudiera despertarme alguna mañana tranquila y luminosa y sentir que la vida ha vuelto a empezar; que el pasado se ha olvidado y se ha desvanecido como el humo. ¡Oh, empezar la vida de nuevo! Dime, dime cómo empezar.

ASTROFF. [Con tono cruzado] ¡Qué tontería! ¿Qué clase de vida nueva podemos esperar tú y yo? No podemos tener ninguna esperanza.

VOITSKI. ¿Ninguna?

ASTROFF. Ninguna. De eso estoy convencido.

VOITSKI. Dígame qué hacer. [Se lleva la mano al corazón] Siento un dolor tan ardiente aquí.

ASTROFF. [Puede ser que la posteridad, que nos despreciará por nuestras vidas ciegas y estúpidas, encuentre algún camino hacia la felicidad; pero nosotros -tú y yo- sólo tenemos una esperanza, la esperanza de que nos visiten visiones, tal vez agradables, mientras descansamos en nuestras tumbas. [Sí, hermano, sólo había dos hombres respetables e inteligentes en este condado, tú y yo. Diez años más o menos de esta vida nuestra, esta vida miserable, nos han absorbido, y nos hemos vuelto tan despreciables y mezquinos como el resto. ¡Pero no intentes disuadirme de mi propósito! Dame lo que me has quitado, ¿quieres?

VOITSKI. No te he quitado nada.

ASTROFF. Tomaste un frasquito de morfina de mi botiquín. [¡Escucha! Si estás decidida a acabar contigo, ve al bosque y dispárate allí. Renuncia a la morfina, o habrá muchas habladurías y conjeturas; la gente pensará que yo te la di. No me apetece tener que hacerte una autopsia. ¿Crees que me resultará interesante?

Entra SONIA.

VOITSKI. Déjeme en paz.

ASTROFF. [A SONIA] Sonia, tu tío ha robado un frasco de morfina de mi botiquín y no lo quiere entregar. Dile que su comportamiento es... bueno, imprudente. No tengo tiempo, debo irme.

SONIA. Tío Vania, ¿has tomado la morfina?

ASTROFF. Sí, la tomó. [Una pausa] Estoy absolutamente seguro.

SONIA. Déjalo. ¿Por qué quieres asustarnos? [Con ternura] ¡Déjalo, tío Vania! Mi desgracia es tal vez mayor que la vuestra, pero no estoy sumida en la desesperación. Soporto mi dolor, y lo soportaré hasta que mi vida llegue a su fin natural. Tú también debes soportar la tuya. [¡Ríndete! Querido, querido tío Vania. ¡Déjalo! [Eres tan bueno que estoy segura de que te apiadarás de nosotros y lo dejarás. Debes soportar tu pena, tío Vania; debes soportarla.

VOITSKI saca una botella del cajón de la mesa y se la da a ASTROFF.

VOITSKI. Ahí está. [A SONIA] Y ahora, hay que ponerse a trabajar de inmediato; hay que hacer algo, si no, no podré soportarlo.

SONIA. Sí, sí, ¡a trabajar! En cuanto nos hayamos despedido de ellos, nos pondremos a trabajar. [Ordena nerviosamente los papeles sobre la mesa] ¡Todo está revuelto!

ASTROFF. [Guarda la botella en su maletín, que ata con correas] Ahora puedo irme.

Entra HELENA.

HELENA. ¿Estás aquí, Iván? Vamos a empezar en un momento. Ve con Alexander, quiere hablar contigo.

SONIA. Ve, tío Vania. [Coge el brazo de VOITSKI] Vamos, tú y papá debéis hacer las paces; es absolutamente necesario.

SONIA y VOITSKI salen.

HELENA. Me voy. [Le da la mano a ASTROFF] Adiós.

ASTROFF. ¿Tan pronto?

HELENA. El carruaje está esperando.

ASTROFF. Adiós.

HELENA. Me prometiste que hoy te irías tú mismo.

ASTROFF. No lo he olvidado. Me voy enseguida. [¿Te has asustado? ¿Fue tan terrible?

HELENA. Sí.

ASTROFF. ¿No podías quedarte? ¿No podrías? Mañana, en el bosque...

HELENA. No. Todo está resuelto, y por eso puedo mirarte tan valientemente a la cara. Nuestra partida está fijada. Una cosa debo pedirte: no pienses demasiado mal de mí; me gustaría que me respetaras.

ASTROFF. ¡Ah! [Con un gesto de impaciencia] ¡Quédate, te lo imploro! Confiesa que no tienes nada que hacer en este mundo. No tienes ningún objeto en la vida; no hay nada que ocupe tu atención, y tarde o temprano tus sentimientos deben dominarte. Es inevitable. Sería mejor que no ocurriera en Kharkoff o en Kursk, sino aquí, en el regazo de la naturaleza. Entonces sería al menos poético, incluso hermoso. Aquí tienes los bosques, las casas medio en ruinas de las que escribe Turgenieff.

HELENA. ¡Qué cómico eres! Estoy enfadada contigo y, sin embargo, siempre te recordaré con agrado. Eres interesante y original. Tú y yo no volveremos a encontrarnos, y por eso te diré -¿para qué ocultarlo?- que estoy un poco enamorada de ti. Vamos, una última presión de nuestras manos, y luego separémonos como buenos amigos. No nos guardemos mala voluntad.

ASTROFF. [Apretando su mano] Sí, vete. [Parece usted sincero y bueno, y sin embargo hay algo extrañamente inquietante en toda su personalidad. Nada más llegar aquí con tu marido, todos los que encontraste ocupados y creando activamente algo se vieron obligados a dejar su trabajo y entregarse durante todo el verano a la gota de tu marido y a ti. Usted y él nos han contagiado con su ociosidad. He sido barrido de mis pies; no he puesto mi mano en nada durante semanas, durante las cuales la enfermedad ha seguido su curso sin control entre la gente, y los campesinos han estado pastando su ganado en mis bosques y jóvenes plantaciones. Vayan donde quieran, usted y su marido siempre llevarán la destrucción en su tren. Estoy bromeando, por supuesto, y sin embargo estoy extrañamente seguro de que si te hubieras quedado aquí nos habría alcanzado la más inmensa desolación. Yo me habría arruinado, y tú no habrías prosperado. ¡Así que vete! ¡E finita la comedia!

HELENA. [Cogiendo un lápiz de la mesa de ASTROFF, y escondiéndolo con un rápido movimiento] ¡Tomaré este lápiz para la memoria!

ASTROFF. Qué extraño es. Nos encontramos, y de repente parece que debemos separarnos para siempre. Así es este mundo. Mientras estemos solos, antes de que entre el tío Vania con un ramo de flores, permíteme darte un beso de despedida, ¿me permites? ¡Espléndido!

HELENA. Te deseo toda la felicidad. [Por una vez en mi vida, lo haré, y despreciaré las consecuencias. [Le besa impetuosamente, y se separan rápidamente] Debo irme.

ASTROFF. Sí, vete. Si el carruaje está allí, entonces arranca de inmediato. [Se quedan escuchando].

ASTROFF. ¡E finita!

VOITSKI, SEREBRAKOFF, MME. Entran VOITSKAYA con su libro, TELEGIN y SONIA.

SEREBRAKOFF. [A VOITSKI] Qué vergüenza que tenga malicia por el pasado. He pasado por tantas cosas en las últimas horas que me siento capaz de escribir todo un tratado sobre la conducta de la vida para la instrucción de la posteridad. Acepto de buen grado sus disculpas, y yo mismo le pido perdón. [Besa tres veces a VOITSKI].

HELENA abraza a SONIA.

SEREBRAKOFF. [Besando la mano de MME. VOITSKAYA] ¡Madre!

MME. VOITSKAYA. [Besándole] Hazte una foto, Alexander, y envíame una. Ya sabes lo querido que eres para mí.

TELEGIN. Adiós, su Excelencia. No se olvide de nosotros.

SEREBRAKOFF. [Besando a su hija] Adiós, adiós a todos. [Dando la mano a ASTROFF] Muchas gracias por su agradable compañía. Aprecio mucho sus opiniones y su entusiasmo, pero permítame, como anciano, darle un consejo al despedirse: ¡haga algo, amigo mío! ¡Trabaja! ¡Haz algo! [Buena suerte a todos. [Sale seguido por MME. VOITSKAYA y SONIA].

VOITSKI [Besando fervientemente la mano de HELENA] Adiós, perdóname. No volveré a verte nunca más.

HELENA. [Tocada] Adiós, querido muchacho.

Le besa ligeramente la cabeza mientras él se inclina sobre su mano, y sale.

ASTROFF. Diles que traigan también mi carruaje, Waffles.

TELEGIN. Muy bien, viejo.

ASTROFF y VOITSKI se quedan solos. ASTROFF recoge sus pinturas y materiales de dibujo sobre la mesa y los guarda en una caja.

ASTROFF. ¿Por qué no vas a despedirlos?

VOITSKI. Deja que se vayan. No puedo salir. Me siento demasiado triste. Debo ir a trabajar en algo de inmediato. ¡A trabajar! A trabajar.

Rebusca entre sus papeles sobre la mesa. Una pausa. Se oye el tintineo de las campanas mientras los caballos se alejan al trote.

ASTROFF. Se han ido. El profesor, supongo, está contento de irse. No podría ser tentado de vuelta ahora por una fortuna.

Entra MARINA.

MARINA. Se han ido. [Se sienta en un sillón y teje su media].

SONIA entra limpiándose los ojos.

SONIA. Se han ido. Que Dios los acompañe. [A su tío] ¡Y ahora, tío Vania, hagamos algo!

VOITSKI. ¡A trabajar! ¡A trabajar!

SONIA. Hace mucho, mucho tiempo, que tú y yo no nos sentamos juntos en esta mesa. [Enciende una lámpara sobre la mesa] ¡No hay tinta! [Lleva el

tintero al armario y lo llena de un frasco de tinta] ¡Qué triste es verlos partir!

MME. VOITSKAYA entra lentamente.

MME. VOITSKAYA. Se han ido.

Se sienta y enseguida se enfrasca en su libro. SONIA se sienta a la mesa y ojea un libro de cuentas.

SONIA. Primero, tío Vania, escribamos las cuentas. Están en un estado espantoso. Venga, empieza. Tú te encargas de una y yo de la otra.

VOITSKI. En la cuenta con [Se sientan en silencio a escribir].

MARINA. [Bostezo] Ha llegado el hombre de la arena.

ASTROFF. Qué quieto está. Sus plumas rascan, el grillo canta; es tan cálido y confortable. Odio irme. [Se oye el tintineo de las campanas].

ASTROFF. Mi carruaje ha llegado. Ahora sólo me queda despedirme de vosotros, mis amigos, y de mi mesa aquí, y luego... ¡fuera! [Pone el mapa en la cartera].

MARINA. No te apresures a irte; siéntate un poco más con nosotros.

ASTROFF. Imposible.

VOITSKI. [Escribiendo] Y llevar adelante de la vieja deuda dos setenta y cinco-.

Entra el obrero.

OBRERO. Su carruaje está esperando, señor.

ASTROFF. Muy bien. [Le entrega al OBRERO su maletín de medicinas, la cartera y la caja] ¡Cuidado, no aplastes la cartera!

OBRERO. Muy bien, señor.

SONIA. ¿Cuándo volveremos a verle?

ASTROFF. Difícilmente antes del próximo verano. Probablemente no este invierno, aunque, por supuesto, si ocurre algo me lo haréis saber. [Gracias por su amabilidad, por su hospitalidad, por todo. [Se acerca a MARINA y le besa la cabeza] ¡Adiós, vieja enfermera!

MARINA. ¿Te vas sin tu té?

ASTROFF. No quiero, enfermera.

MARINA. ¿No quiere una gota de vodka?

ASTROFF. [Dudando] Sí, podría.

MARINA sale.

ASTROFF. [Tras una pausa] Mi todoterreno se ha quedado cojo por alguna razón. Me di cuenta ayer cuando Peter lo llevaba al agua.

VOITSKI. Deberías hacer que lo volvieran a herrar.

ASTROFF. Tendré que pasar por la herrería de camino a casa. No se puede evitar. [Se queda mirando el mapa de África que cuelga en la pared] Supongo que ahora hace mucho calor en África.

VOITSKI. Sí, supongo que sí.

MARINA vuelve llevando una bandeja en la que hay un vaso de vodka y un trozo de pan.

MARINA. Sírrete tú mismo.

ASTROFF bebe

MARINA. A tu salud. [Se inclina profundamente] Come el pan con ella.

ASTROFF. No, me gusta mucho. Y ahora, adiós. [A MARINA] No hace falta que salga a despedirme, enfermera.

Sale. SONIA le sigue con una vela para alumbrarle hasta el carruaje.
MARINA se sienta en su sillón.

VOITSKI. [Escribiendo] El 2 de febrero, veinte libras de mantequilla; el 16, veinte libras de mantequilla otra vez. Harina de alforfón... [Una pausa. Se oyen campanas que tintinean].

MARINA. Se ha ido. [Una pausa.]

SONIA entra y pone el palo de la vela sobre la mesa.

SONIA. Se ha ido.

VOITSKI. [Sumando y escribiendo] Total, quince-veinticinco-

SONIA se sienta y empieza a escribir.

[Bostezo] ¡Oh, ho! El Señor tenga piedad.

TELEGIN entra de puntillas, se sienta cerca de la puerta y empieza a afinar su guitarra.

VOITSKI. [A SONIA, acariciándole el pelo] ¡Oh, hija mía, soy un miserable; si supieras lo miserable que soy!

SONIA. ¿Qué podemos hacer? Debemos vivir nuestra vida. [Una pausa] Sí, viviremos, tío Vania. Viviremos durante la larga procesión de días que tenemos por delante, y durante las largas tardes; soportaremos pacientemente las pruebas que nos imponga el destino; trabajaremos por los demás sin descanso, tanto ahora como cuando seamos viejos; y cuando llegue nuestra última hora la afrontaremos humildemente, y allí, más allá de la tumba, diremos que hemos sufrido y llorado, que nuestra vida fue amarga, y Dios se apiadará de nosotros. Ah, entonces, querido, querido tío, veremos esa vida brillante y hermosa; nos alegraremos y miraremos hacia atrás para ver nuestro dolor aquí; una tierna sonrisa, y descansaremos. Tengo fe, tío, una fe ferviente y apasionada. [SONIA se arrodilla ante su tío y apoya su cabeza en sus manos. Habla con voz cansada] Descansaremos. [TELEGIN toca suavemente la guitarra] Descansaremos. Oiremos a los ángeles. Veremos el cielo brillar como una joya. Veremos todo el mal y todo nuestro dolor hundirse en la gran compasión que envolverá al mundo. Nuestra vida será tan pacífica y tierna y dulce como una caricia. Tengo fe; tengo fe. [Mi pobre, pobre tío Vania, ¡estás llorando! [Nunca has sabido lo que es la felicidad, pero espera, tío Vania, ¡espera! Vamos a descansar. [Ella lo abraza] Descansaremos. [Se oye el traqueteo del VIGILANTE en el jardín; TELEGIN toca suavemente; MME. VOITSKAYA escribe algo en el margen de su panfleto; MARINA teje su media] Vamos a descansar.

El telón cae lentamente.